

EL GIGANTE SIDERAL

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



EL GIGANTE SIDERAL

Ralph Barby

CIENCIA FICCION




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

342 — En el infierno marciano - *A. Thorkent*.

343 — El regreso de los muertos - *Ray Lester*.

344 — La chica de otro mundo - *Clark Carrados*.

345 — Rebelión en la galaxia - *A. Thorkent*.

346 — ¡Amenaza en órbita! - *Glenn Parrish*.

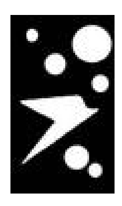
RALPH BARBY

EL GIGANTE SIDERAL

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 347

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 6.391- 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1977

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPITULO PRIMERO

—¡Comandante Korak, comandante Korak, comandante Korak!

La llamada a través del espacio era insistente. Era un alerta de comunicación, pero la voz y el tono empleado, la llamada estaba llena de espanto, casi era una llamada de auxilio.

La Sky-111 permanecía detenida en el astródromo provisional del planeta colonia W-7-W. Se hallaba casi silenciosa, sus tripulantes estaban en período de descanso, algunos visitaban en plan de paseo la colonia minera y centro de investigación del planeta W-7-W; sin embargo, el corazón de la gran nave interestelar funcionaba de forma rítmica aunque al ralentí.

La llamada a través del espació fue captada por la teniente Alilat, jefe de comunicaciones de la nave.

—Le oigo, aquí la Sky-111, aquí la Sky-111, le escucharnos, adelante, cambio.

La pantalla de comunicación en imágenes estaba llena de parásitos y nada se podía ver en ella. Debía haber una oleada de micrometeoritos que cortaban la onda de comunicación hasta distorsionarla.

La voz llegaba muy mal; no obstante, una banda magnética iba grabando cuanto se decía, como era reglamentario. .

—Aquí el teniente Donasky, aquí el teniente Donasky. Comandante Korak. ¿me escucha? Cambio.

Pese a que la voz llegaba mal, la teniente Alilat hacía esfuerzos pulsando botones, subiendo el dial de volumen y buscando purificaciones de sonido para expulsar los parásitos electrónicos.

No conseguía la pureza deseada, aunque la calidad era suficientemente aceptable como para proseguir la comunicación con el teniente Donasky, que viajaba solo en una pequeña nave de exploración que dependía de la gran Sky-111. La base de la pequeña nave estaba en el hangar ubicado en la panza de la gran nave interestelar.

—Le escucho, teniente Donasky, le escucho. El comandante Korak se halla en período de descanso reglamentario, cambio.

—Alilat, Alilat, quiero hablar con el comandante Korak, cambio.

—Ahora no es posible, pero la conversación se está grabando y luego la escuchará el comandante en persona, cambio.

—Estoy frente a algo grave, situación de alarma, insisto, situación de alarma, cambio.

—De acuerdo, situación de alarma.

Alilat pulsó un botón rojo que advertía que era alarma a nivel ejecutivo, no general.

—Teniente Alilat, por si el comandante Korak no llega a tiempo, quiero comunicar que estoy frente a lo más sorprendente y extraño que jamás terrícola alguno haya podido llegar a imaginar. Cambio.

—¿Puede anticipar datos, de qué se trata? Cambio.

—Es un ser fantástico que viaja por el espacio sideral. Estoy a unas docenas de millares de millas de ese ser, pero ya lo tengo en pantalla y me dirijo hacia él y él a mi encuentro. Es algo monstruoso e inaudito, cambio.

Alilat quedó perpleja, no podía imaginar lo que trataba de explicar el teniente Donasky.

Se abrió automáticamente la puerta del puente de mando de la gran nave interestelar Sky-111 y varios tripulantes entraron rápidos en el puente. Al frente de ellos iba el comandante Vincent Korak.

Alilat clavó sus ojos color turquesa claro en el alto y atlético comandante que, pese a tener la gran responsabilidad de ser la máxima autoridad de la Sky-111, era un hombre joven, en el esplendor de su vigor físico y con una mente preparadísima y de rápidas conclusiones.

Korak caminaba con seguridad y su aspecto imponía, pero además de comandante era amigo de sus subordinados y todos lo comprendían así aunque en ocasiones tuviera que tomar decisiones duras o difíciles de comprender por quienes no se sentaran en la butaca anatómica del puente de mando desde donde dirigía todo aquel complejo volante interestelar que era la Sky-111.

—¿Qué sucede, teniente Alilat, por qué la alarma?

—Donasky ha dado la situación de alarma. Dice que necesita hablar con usted, comandante.

—Bien, restablezca la comunicación si no se ha perdido. —Se volvió hacia uno de los oficiales del puente y pidió—: Localicen y fijen las coordenadas de situación del teniente Donasky.

—Teniente Donasky, teniente Donasky, aquí Sky-111. ¿Nos escucha?

—Sí, sí, con deficiencias y débilmente, pero escucho, cambio.

El comandante Korak se situó frente al micrófono y habló;

—Korak a la escucha, Korak a la escucha, cambio.

En seguida se oyó la voz del teniente Donasky mientras la pantalla que tenía que ofrecerles su imagen seguía plagada de parásitos:

—Comandante Korak, estoy frente a algo inaudito, inesperado, frente a algo que no podíamos ni imaginar. Yo me dirijo hacia él y él se dirige hacia mí... ¿Qué hago? Cambio.

—¿Qué es lo que ve, Donasky?

—Tengo en mi pantalla a un ser horrible, gigantesco.

—¿Qué clase de ser? Cambio.

—Es humano o humanoide, no sé. Parece un terrícola por sus brazos y piernas y tiene un gran y único ojo, como el mítico Polifemo. Cambio.

—¿Al decir gigantesco se refiere a dos o tres metros de estatura? Cambio.

—No lo he computado todavía, pero parece que por lo menos tiene tres o cuatrocientos metros de estatura.

Todos en la Sky-111 se miraron entre sí.

—¿Sufrirá visiones imaginarias a causa de su soledad en el espacio? —preguntó la teniente Alilat.

—Ya lo averiguaremos. —Volvieron a pulsar el botón para hablar —. Donasky, Donasky, envíenos esa imagen.

—Ya lo estoy haciendo, comandante Korak, ya lo estoy haciendo, cambio.

—No nos llega, hay interferencias. Debe haber una oleada errante de micrometeoritos que distorsionan la imagen; no obstante, continúe enviándola, quizá en algún momento quede fijada en pantalla.

—Bien, comandante Korak, pero ¿qué hago?

—Obtenga todos los datos que pueda, pero a través de la computadora automática y no manual. ¿Comprendido? Cambio.

—Sí, comandante, comprendo que no se fíe de mi raciocinio. Yo tampoco me fiaría de mí mismo si no estuviera seguro de que es un ser real.

—Como no llega la imagen, describa lo que está viendo, Donasky. Cambio.

—Comandante, ya le he dicho que es un ser que viaja por el espacio. Cambio.

—¿Qué nave utiliza? Cambio.

—Ninguna nave, comandante. Parece caminar por el espacio como si lo hiciera por la superficie de un planeta. Es gigantesco. Cada vez estoy más cerca de él. No viaja a una velocidad constante, lo que hace que los cálculos no sean perfectos. Parece darse cuenta de que lo estoy computando y es como si se riera de mí, cambiando la velocidad de forma intermitente e irregular. Cambio.

—Dé la vuelta y regrese a la base, Donasky —ordenó el comandante Korak.

Todos le miraron, comprendiéndole. Había dos posibilidades: Que Donasky estuviera desequilibrado mentalmente y por lo tanto era mejor que regresara, y si no lo estaba es que se hallaba frente a un peligro real y también era preferible que volviera.

Por principio, las naves terrícolas no tenían que atacar a ningún ser desconocido salvo que quedara evidente la defensa personal o de grupo ante un peligro inminente.

—¡Comandante Korak, comandante Korak, la nave no responde, me siento atraído hacia ese ser como si fuera un gigantesco imán y yo una limadura de hierro flotando en el espacio, la nave no obedece!

—¡Donasky, insista, insista!

—¡Lo tengo frente a mí, lo veo a través del cristal de mi nave, ya no necesito mirar a la pantalla de la telecámara! ¡Es fantástico! Todo

él es como iridiscente en medio del terciopelo del espacio sideral y su enorme ojo brilla con una luz cegadora. Tiene una pupila roja que me mira, me mira. Es obsesivo… La nave no obedece, voy a estrellarme contra él, me tiene como atrapado con un extraño poder…

—¡Donasky, escuche, escuche, soy el comandante Korak, le doy la orden de disparo. ¿Me oye ¡Dispare!

Se produjo una gran tensión. Ante aquella orden, la teniente Alilat pulsó todas las señales de alarma que tenía a alcance de su mano y comenzaron a sonar chicharras electrónicas dentro de la nave y penetrantes sirenas en el exterior mientras, automáticamente, los motores de la gran Sky-111 se ponían en marcha, preparándose para poder despegar del planeta en cuanto el comandante Vincent Korak lo ordenara.

El teniente Donasky pulsó el botón de disparo. Inmediatamente, por delante de él y en dirección al gigante monstruoso que semejaba caminar por el espacio sideral, brotaron dos misiles termonucleares de alta potencia.

Del ojo del gigantesco ser brotaron unos rayos que hicieron estallar los misiles antes de llegar a su objetivo.

Se produjeron las dos grandes explosiones y la propia nave del teniente Donasky resultó sacudida. Donasky quiso entonces poner en marcha los mandos para huir de su destino, pero la nave continuó sin responder. Su destino estaba fijado: Iba hacia el gran ser del espacio y nadie podría evitarlo.

—¡Comandante Korak, comandante Korak!

—¡Comandante Korak a la escucha, cambio!

—¡Le he disparado los misiles de alta potencia y ha sido inútil, los ha destruido antes de llegar al objetivo, es un ser poderosísimo! Creo que si quisiera destruirme ahora lo haría sin dificultad. ¿Qué hago? ¡Los mandos siguen sin obedecer!

El comandante Korak ya no daba tiempo a escuchar la palabra «cambio».

—¡Dispare los cañones Láser, dispárele!

—Sí, sí, ahora disparo.

Los rayos Láser, antes de llegar al ser que cada vez estaba más y más cerca, se desviaban como si chocaran contra algo que no estaba a

la vista y que los sensores no detectaban.

—¡No puedo hacer nada, comandante, no puedo hacer nada, estoy bajo su control, es invulnerable, no sé qué sucederá ahora! ¡Extiende sus manos hacia mí, estoy casi a su alcance, lo veo sólo en parte, sus dedos son gigantescos, no es humano, comandante, no es humano!

Las manos de aquel gigante se cerraron atrapando la nave como si fuera un pajarillo desvalido en manos de un terrícola; mas no había deseos de amor o protección en aquellas manos que atraparon la nave terrestre.

—Todo está negro en pantalla, comandante —dijo la teniente Alilat.

—Sí, ya veo y tampoco se oye nada. ¿Funciona bien el receptor?

—Sí, creo que sí, ahora no hay interferencias.

—Lo que no hay es nada —opinó Korak sombrío.

En un lugar del espacio cuyas coordenadas se estaban computando por el cerebro electrónico de la Sky-111, las manos gigantescas se cerraron y en el éter sideral se pudieron escuchar extraños, siniestros y patéticos crujidos.

Un terrícola rugió dentro del amasijo metálico de su nave mientras la vida se le escapaba en aquel apretón mortífero.

Los restos de la nave estallaron entre las manos de aquel ser y el fuego apareció entre sus dedos como si hubiera atrapado una bola ígnea.

—Ha sido el fin —opinó el comandante Korak.

Todos tuvieron la impresión de que un ser gigantesco, extraño y desconocido como había descrito el teniente Donasky, un monstruo con un solo ojo que viajaba por el espacio al parecer sin nave alguna que le sirviera de caparazón, se estaba riendo en alguna parte de la pequeñez e insignificancia de los terrícolas.

CAPITULO II

El reducido grupo de comandancia de la nave terrícola Sky-111, con el comandante Korak al frente, se hallaba reunido en la sala de conferencias, encarado con la gran pantalla que ocupaba toda la pared.

Mientras, la nave surcaba el espacio en dirección al punto de coincidencia de coordenadas que habían conseguido respecto a la posición del desaparecido teniente Donasky.

—Todos hemos podido escuchar varias veces los datos enviados por el teniente Donasky antes de que perdiéramos el contacto con él. Ahora veremos una imagen que la teniente Alilat ha conseguido pese a las interferencias y tras varias horas de trabajo de laboratorio, componiendo una imagen estática con retazos de miles de imágenes en movimiento para conseguir así algo que nosotros podamos ver y comprender. La imagen no es del todo perfecta ni fiable al mil por mil, pero se me ha comunicado que es bastante buena. —Se volvió hacia la bella y rubia teniente Alilat y preguntó—: ¿Lista?

—Sí.

—Adelante, pues.

Se apagaron las luces y la pantalla se iluminó. Ante ellos quedó lo que el teniente Donasky había visto frente a él, el ser que lo había destruido y contra el que las armas terrícolas nada habían podido.

Quedaron perplejos.

El enigmático ser no se veía con nítida perfección, había zonas borrosas; no obstante se podía observar que era un ser compuesto de cabeza, tronco y extremidades, como un terrícola normal y corriente, sólo que en vez de dos ojos tenía sólo uno y muy grande en su frente.

La nariz casi no se le veía y la boca era grande, como un trazo que amenazaba abrirse. No se le veían dientes y todo el cuerpo no revelaba ninguna particularidad, ya que todo él emitía la misma, luz iridiscente y cambiante.

—Visto así, parece un ser de cualquier planeta desconocido —observó René Losua, médico y antropólogo, uno de los pocos

tripulantes de la nave que eran civiles, sin cargos milicianos del espacio.

Alguien observó:

—Si es cierto que tiene unas proporciones gigantescas, que es de una estatura superior a los trescientos metros, será terrible. Lo que no acabo de comprender es como puede ir por el espacio sin nave o sin un mínimo traje de supervivencia.

—¿Qué dice a eso, doctor Losua?

El médico y antropólogo suspiró.

—¿Y qué voy a poder decir? Sólo tengo una imagen delante de mí. No sé cómo respira, cómo se alimenta, qué tipo de sangre circula por sus venas. No sé casi nada, sólo que estamos frente al más horrible de los monstruos que jamás hayamos podido imaginar; eso no lo imaginaron ni los más fantasiosos escritores de ciencia ficción, que yo sepa. Me piden una opinión y no puedo daría porque carezco de datos. Por ahora sólo sabemos que el teniente Donasky no desvariaba ni era presa de una pesadilla, sino que se enfrentaba a una trágica y gigantesca realidad.

—Una cosa -es cierta, ese ser no es una fantasía, existe —puntualizó Korak.

Hizo una pausa, que fue respetada con un silencio absoluto mientras todos escrutaban la imagen estática proyectada en la pantalla y que con muchas interferencias había logrado enviar el teniente Donasky, del que no habían sabido nada más.

Korak prosiguió:

—Nos dirigimos a su encuentro, si es que cuando lleguemos al punto donde desapareció el teniente Donasky sigue allí.

El mayor Barrow, jefe de armamento y segundo de a bordo, observó:

—La nave del teniente Donasky iba bien dotada de armamento y si dijo que nada podía contra ese ser del que no tenemos referencias, puede ser muy peligroso ir a su encuentro. Corremos el riesgo de que todo nuestro armamento sea inútil en su contra como le ocurrió al teniente Donasky.

—Es una posibilidad y un riesgo que corremos —respondió el comandante Korak— pero la Sky-111 es la más poderosa nave que

posee la Confederación Terrestre. Debemos enfrentarnos a ese ser; si nos ataca y nos vence, tendrá el camino libre hacia nuestras colonias primero y hasta el mismísimo planeta Tierra si se lo propone después.

—¿Vamos a destruirlo? —preguntó el doctor René Losua.

—En principio no debemos destruir a ningún ser que descubramos en el espacio en viaje o en cualquier planeta donde nos posemos. Debemos comunicarnos, tratar de conseguir un diálogo con quien sea. Tenemos muchos idiomas computados, el cerebro electrónico de la nave nos ayudará aunque sea en una comunicación por clave guarísmica. Hay que establecer contacto con ese ser al precio que sea. Ahora conocemos su existencia y tenemos que encontrarle antes de que él halle alguna de nuestras colonias. Sabemos que posee poderes desconocidos en la civilización terrícola e ignoramos las consecuencias que pueda llegar a tener un ataque brutal de ese gigante. Por eso es imprescindible tomar contacto con él. Nuestra misión es establecer una patrulla interestelar de vigilancia y control de las colonias con protección a las naves cargueras que viajan hacia el planeta Tierra, Marte, Venus o la Lima, nuestras principales bases de vida ecológica.

—¿Y si no hay forma de establecer esa comunicación?

Todos miraron al mayor Barrow, que acababa de hablar. Era un hombre de cabeza cuadrada, cuellicorto y de aspecto fornido, casi bélico. Era un miliciano nato.

—En ese caso, lo destruiríamos. La Sky-111 tiene muchos poderes y mayor resistencia que la nave interceptora que tripulaba el teniente Donasky, idéntica a otras cinco naves que todavía quedan en el hangar de la Sky-111 en que estamos navegando.

Se hicieron más preguntas y se dieron algunas respuestas ambiguas. Tenían que actuar y el propio comandante Korak aún no sabía cómo.

Korak terminó la reunión ordenando a la teniente Alilat:

—Deberá usted tener los receptores en todas sus bandas listos y actuando a la máxima sensibilidad para ver lo que se puede captar. Cualquier señal, por extraña y desconocida que parezca, será comunicada de inmediato

—Ese ser que todavía no tiene nombre para nosotros, no ha enviado ninguna señal. Pudo hacerlo cuando se enfrentó a Donasky y no lo hizo.

—Es verdad, pero puede cambiar de opinión. Quizá su tecnología esté todavía fuera del campo de comprensión de nuestra ciencia. Tampoco sabemos de dónde procede y cómo se desplaza por el espacio. Caminar con dos piernas, dos pies como nosotros, implica apoyarse en algún lugar más o menos sólido para darse impulso en el vacío del universo, no se puede conseguir, por lo que ignoramos cómo se desplaza y cómo adquiere velocidad e incluso cambia el ritmo de marcha como detectó Donasky. Hay muchas cosas que debemos averiguar. La nave estará en situación de alerta permanente hasta nueva orden. A la primera señal significativa, teniente Alilat, pasará de la alarma preventiva a la alarma interventiva.

Se disolvió la reunión de los altos mandos de la gran nave Sky-111.

Antes de abandonar la sala, varios dieron ojeadas a la pantalla. Aquel ser que semejaba mirarles con su gran ojo, parecía medir de altura como la histórica Torre Eiffel de París.

Pasaron más de cien horas.

La tripulación cumplía con sus turnos de vigilancia, descanso y alimentación. No había permisos accesorios y toda la nave estaba enterada de lo que hasta aquel momento se conocía.

La teniente Alilat había rechazado sus horas de ocio, a las que tenía derecho aun en situación de alarma preventiva. Seguía atenta a cualquier incidencia de los sensores de detección, radares, telecámaras de largo alcance y receptores de bandas de comunicación.

Uno de los subordinados de Alilat llamó su atención respecto a algo que aparecía en los sensores de ultra radar.

—¿Qué será eso?

—No lo sé, teniente.

—Trate de buscar más datos. Parece que no es un simple meteorito errante.

—Parecen restos de algo.

—¿De alguna nave?

—Así es, teniente.

—Siga investigando.

Alilat abandonó su puesto y se acercó a Korak, que permanecía inclinado sobre la mesa-pantalla en la que iban apareciendo mapas del firmamento según lo requería el propio comandante, pulsando botones que iban a excitar directamente la memoria del gran cerebro electrónico que poseía la Sky-111.

—Comandante.

—Ah, Alilat. ¿Sucede algo?

—Todavía no lo sé, pero hemos detectado algo.

El hombre frunció el ceño mientras los dos pares de ojos se encontraban, unos frente a otros.

—Sí, pero todavía no es lo que buscamos.

—¿Entonces?

—Nada respecto al gigante.

—¿Se refiere a Donasky el hallazgo?

—Podría ser.

—Veamos.

La acompañó a los paneles de sensorización y telecomunicación.

—Es chatarra espacial, teniente —dijo el sargento, que al volverse descubrió junto a la mujer al comandante Korak.

—¿Seguro que es chatarra espacial?

—Sí, señor, chatarra espacial, confirmado: Metales y plásticos. La banda espectrométrica de largo alcance lo ha analizado.

—¿Hay forma de identificar a qué pueden pertenecer?

—Tendríamos que acercarnos en esa dirección cien mil millas. Ahora tenemos situada esa chatarra errante a cuarenta y cinco y setenta grados por estribor.

—Entonces, pondremos rumbo a la chatarra espacial dando un rodeo si es preciso. Alilat, siga buscando información al respecto y no pulse la alarma interventiva hasta que se descubra algo respecto al gigante.

—De acuerdo, señor.

Ya se había dado en nominar gigante espacial a aquel ser que viajaba por el espacio y, por acortar, simplemente gigante.

El rumbo de la nave cambió haciendo unas ligeras modificaciones y ochenta minutos más tarde, la chatarra espacial quedaba perfectamente visible en pantalla.

—¿Es la nave de Donasky? —preguntó Korak.

El capitán Gorjo, jefe de seguridad, que también se había acercado, asintió.

—Es la nave de Donasky, no cabe ninguna duda,

—¿Está seguro, capitán Gorjo?

—Sí, reconozco los materiales aunque estén retorcidos.

Tras ellos, el mayor René Losua opinó:

—Es lo que ha quedado de un hombre valeroso y altamente preparado. Lo que ha sucedido no es una fantasía, nos hallamos frente a un problema muy grave. Habrá que tomar decisiones drásticas.

Todos miraron a Korak para ver qué respondía. El comandante de la nave, alto, ancho de espaldas, cabello rubio oscuro y unos ojos azul hielo, no respondió directamente.

—Que se tomen muestras para confirmar que es la nave de Donasky. Luego proseguiremos hacia el punto donde sucedió el encuentro.

—Un momento, comandante Korak, un momento —pidió la teniente Alilat.

Había una llamada intermitente en el panel de telecomunicaciones.

—¿Están llamando?

—Sí, es la banda correspondiente al planeta colonia minera M-2-M.

—Abra el canal.

—Ya está.

El propio Korak tomó el micrófono y habló por él.

—Aquí la, nave Sky-111, habla al comandante Korak, que está a la

escucha, cambio.

—Comandante Korak, le habla el gobernador Chadman del planeta M-2-M. colonia minera, cambio.

—Le escucho, gobernador, cambio.

—Necesitamos su ayuda, comandante Korak, cambio.

—¿Nuestra ayuda? ¿No poseen unas baterías de defensa, gobernador? Cambio.

—Sí, pero es un armamento más teórico que práctico, no confiamos en ese material y si iniciamos un ataque con él, nos exponemos a una réplica destructiva, cambio.

—¿Qué es lo que les sucede, gobernador Chadman? ¿Cuál es la clase de peligro que les acecha?

—Algo muy extraño, comandante Korak. En nuestro cielo ha aparecido un ser gigantesco que flota en el espacio, sin nave alguna. Ha disparado unos rayos desconocidos que han incinerado varios almacenes de la colonia. Esperamos que de un instante a otro nos ataque directamente. Cambio.

Todos los que estaban en torno a Korak ensombrecieron sus rostros, preocupados. El gigante del espacio había vuelto a aparecer con su destructivo poder.

Korak ordenó a su segundo, el mayor Barrow:

—Ponga rumbo al planeta M-2-M, inmediatamente.

—En seguida.

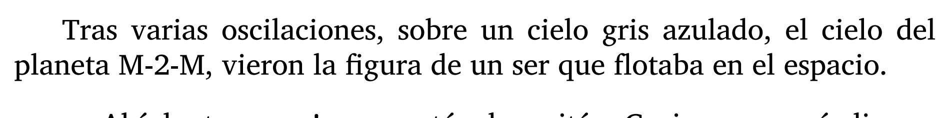
Barrow se alejó del grupo dispuesto a poner la nave en el rumbo indicado. Por su parte, Korak continuó hablando, dando impresión de calma en su voz. La del gobernador Chadman era excitada, una voz en la que se podía adivinar el peligro que estaban corriendo.

—Gobernador Chadman, ¿nos puede enviar imagen de ese ser?

—Sí, comandante, aguarde, lo tengo en la pantalla de mi despacho. El servicio de observación lo tiene enfocado con sus telecámaras. Cambio.

—Teniente Alilat, que esa imagen se reciba bien.

—Sí, comandante —se apresuró a responder la joven.



Tras varias oscilaciones, sobre un cielo gris azulado, el cielo del planeta M-2-M, vieron la figura de un ser que flotaba en el espacio.

—¡Ahí lo tenemos! —apuntó el capitán Gorjo con su índice—. Lástima que no lo podamos cañonear desde donde estamos.

—Comandante Korak, comandante Korak, ¿me oye?

—Sí, gobernador, le escuchamos, cambio,

—Les he enviado la imagen de ese ser que flota en el espacio sin nave alguna. ¿La reciben bien en su pantalla? Cambio.

—Sí, lo tenemos en nuestra pantalla, manténgalo enfocado con las telecámaras. Nosotros ponemos rumbo hacia el planeta M-2-M, cambio.

—¿Cuánto tardarán en llegar?

—Poco —respondió en forma ambigua.

—Comandante Korak, ¿saben algo respecto a ese ser que flota en el espacio y que nos está atacando?

—Poco, gobernador Chadman, muy poco, sólo que destruyó una nave interceptora y murió uno de mis hombres.

—¿Han logrado comunicarse con él? Cambio.

—No, inténtelo usted, gobernador.

—¿Yo? Imposible, comandante Korak, ese ser es algo tan distinto a nosotros los terrícolas, que no habrá posibilidad de entendimiento, ignoramos de dónde procede. Cambio.

—No obstante procure establecer una comunicación.

—¿Cómo le hablaremos? Cambio.

—A través de nosotros, es decir, que se establezca una comunicación entre él y nosotros. Usted servirá de puente. Cambio.

—Comandante Korak —exclamó Alilat— parece que ese gigante nos mira a nosotros, fíjese, su ojo está centrado en la pantalla como si supiera que le estamos observando.

—Es cierto.

De súbito, del ojo brotó una fuerte luz y desapareció la imagen en pantalla. Todo quedó a oscuras. También se hizo el silencio en el

altavoz de comunicaciones.

—¿Se ha cortado, teniente Alilat?

—Me temo que sí, comandante.

Por más que la teniente intentó restablecer la comunicación, fue totalmente imposible. Ya no hubo forma de oír la voz del gobernador Chadman.

Todos temieron lo peor, mas nada se podía hacer. El planeta M-2-M había quedado en silencio. El gigante del espacio lo había atacado y había que tener en cuenta que poseía un inaudito poder de traslación. Viajaba a altas velocidades y nadie se explicaba cómo lo conseguía.

Los hombres de la Sky-111 lo habían visto ya bastante bien, era tal como lo describiera el desaparecido Donasky.

Sus poderes parecían ilimitados, era como un mítico dios del mal descrito en antiquísimas civilizaciones terrestres. Un dios poderoso y veloz que casi tenía el don de la ubicuidad y el de la destrucción.

Algunos miembros de la tripulación de la nave comenzaron a temer que con la aparición de aquel gigante del espacio se iniciara la desaparición de la civilización terrestre.

CAPITULO III

La Sky-111 no penetro en la atmósfera del planeta M.-2-M, sino que se situó en posición orbital. Giraba en torno al planeta para mejor escrutar su superficie.

La nave tenía sus dispositivos de armamento en alarma preinterventiva, todo estaba dispuesto para pulsar botones y hacer los disparos pertinentes ante cualquier peligro que se les presentara de improviso. Los sensores estaban al máximo de rendimiento.

—El gigante no es detectado —comunicó el mayor Barrow—. Debe haberse desplazado a otra parte.

Korak, mirando la superficie del planeta, con aspecto pensativo, opinó:

—Ha tenido tiempo de marcharse mientras nosotros nos dirigíamos hacia acá. Parece como si conociera bien nuestra existencia y nuestro rumbo.

—Si se va y no se nos enfrenta, es que nos teme —opinó Barrow.

—Quizá.

—Entonces, es que somos superiores —dijo el capitán Gorjo, que había escuchado las palabras del comandante y el mayor.

—De eso no estemos tan seguros, quizá él no esté todavía enterado de nuestro poder efectivo y se muestre precavido. En el caso de tener la certeza de ser superior a nosotros, posiblemente nos hubiera atacado ya para librarse de nuestra persecución, porque le estamos persiguiendo aunque ahora no sepamos dónde encontrarle. No deja rastro ni ninguna señal magnética.

Alilat se les acercó con unas fichas en la mano, unas fichas que tenían adheridas unas fotografías.

—Comandante Korak.

—Sí, Alilat. ¿Ya tiene los informes?

—Desgraciadamente sí, comandante.

Todas las miradas convergieron en las fotografías que mostraban los restos de lo que habían sido las bases almacenes, habitantes de la colonia en el planeta minero.

—¿No hay vestigios de vida?

—No, comandante. Todo está destruido, arrasado, lo han incinerado llana y literalmente. No hay nada recuperable. La superficie está tan muerta como cuando fue descubierto el planeta por nuestros pioneros espaciales.

Se produjo un denso silencio.

El enemigo había adquirido cuerpo y ahora ya sabían del poder que disponía el gigante del espacio.

—¿Cuántos colonos había en total, cuántos terrícolas han desaparecido?

—Según los cálculos del cerebro electrónico, han sido ochocientos diecisiete.

—Lo notificaremos al gobierno central de la Confederación Terrestre.

—Y mientras, ¿qué haremos, comandante? —preguntó Gorjo.

—Iremos al encuentro de ese gigante.

—¿Dónde lo hallaremos? —preguntó Alilat.

—Es cierto que el espacio es infinito, pero él se está moviendo con una cierta lógica. Estudiaremos su posible trayectoria.

En la mesa apareció el mapa del espacio. Korak tecleó en la banda y en pantalla se ampliaron las áreas que deseaba observar con mayor atención. Sobre el cristal en que se reflejaban las imágenes colocó unas reglas y trazó unas líneas con un rotulador fosforescente.

—Haría falta un tercer punto para poder hacer un cálculo de probabilidades.

—Si está buscando las bases coloniales terrícolas, el planeta más cercano es el mismísimo W-7-W.

—De allí despegamos —observó Gorjo.

—Si él se ha dirigido allá, es que está jugando con nosotros. Además de otros poderes que desconocemos, no cabe duda de que es

astuto. El pudo provocar nuestro despegue del planeta W-7-W.

—W-7-W es una base mucho más importante que la M-2-M —opinó el capitán Gorjo.

—Sí, es mucho más importante y allí están los yacimientos de atom-cercio, el combustible nuclear utilizado en nuestras naves espaciales y para abastecer de energía las colonias situadas en distintos planetas, algunos de ellos totalmente hostiles a la vida humana, por lo que hay que construir ciudades abovedadas dentro de las cuales se crean climas artificiales gracias a la potente energía que desarrolla el atom-cercio.

—Entonces, no cabe duda, si ese ser tiene datos sobres nosotros y nuestras actividades, se habrá dirigido a W-7-W —dijo Barrow.

—Sí, me temo que si no ha llegado ya, estará a punto de llegar —asintió Korak—. Vamos a dirigirnos a W-7-W de inmediato.

—¿Pongo en alerta al gobernador de W-7-W? —preguntó el antropólogo René Losua.

—No.

—Ese gigante puede cogerles por sorpresa —dijo Gorjo.

—Sí, es posible, pero ya ha quedado demostrado en este planeta que no hay forma de protegerse contra él. ¿De qué serviría advertirles? Creo que de nada y, por otra parte, nuestra comunicación podría ser interceptada por el propio gigante. Es mejor que nosotros tratemos de cogerle por sorpresa a él, si es que podemos; no quiero que quede sin identificar ningún meteorito, chatarra espacial ni sombra alguna que aparezca en nuestros sensores. Hemos de detectarlo, es terriblemente peligroso. Hasta ahora, los terrícolas somos los únicos seres inteligentes evolucionados en lo que llevamos descubierto. Tenemos la hegemonía de una gran zona concretamente dentro de la Vía Láctea, pero nuestro mundo conocido, que parece fantásticamente grande, es todavía como una gota de agua en el océano respecto al universo que aún desconocemos. El hombre terrícola, como es actualmente, jamás llegará a conocer todos los secretos del Universo, es demasiado pequeño e insignificante; pero lo que no vamos a dejar es que un ser extraño, procedente de mundos remotos y desconocidos, nos aniquile. Ese ser no dialoga, destruye simplemente. Hemos de estar listos para el combate. Si la Sky-111 es destruida, automáticamente será lanzada una llamada de alarma general para todos los terrícolas donde quiera que se encuentren en el Universo colonizado.

—Eso será casi un «sálvese quien pueda» —observó el mayor Losua.

—Algo así, mayor, sólo que en vez de un simple «sálvese quien pueda», hay que salvar algo, lo que se pueda, de la civilización terrícola. Las ofensivas, cuando se hacen desde un agrupamiento compacto, son más efectivas y contundentes pero en las huidas, la disgregación es la mejor fórmula para que quien ataca, no consiga el exterminio total. No creo que ahora estemos en una situación tan extrema, todavía no hemos medido nuestras fuerzas directamente contra ese ser gigantesco dotado de poderes desconocidos.

Korak terminó aquel diálogo para poner el rumbo de la nave en dirección al planeta W-7-W, del que no hacía mucho habían despegado, sólo unos pocos cientos de horas, aunque debido a las altas velocidades que alcanzaba la nave comandada por Korak, habían llegado muy lejos en su desplazamiento.

Korak había decidido no dar aviso a Patterson, gobernador del planeta W-7-W, sobre lo ocurrido en el planeta M-2-M hasta que pudiera comunicárselo verbalmente.

No tardaron en perder de vista el planeta arrasado por el gigante del espacio. Ya nada quedaba por hacer en aquel lugar. No se había detectado ninguna señal de vida, todos estaban muertos.

Korak lamentaba no tener un rastro de aquel desconocido que les atacaba. Debería actuar bajo suposiciones y eso era arriesgado porque se podían perder muchas horas, quizá vitales para salvar de un ataque a otra colonia o a algún convoy de naves cargadas con los minerales preciosos e indispensables para el sistema energético de la civilización terrícola.

Pese tener los sensores al máximo de rendimiento en busca del gigante del espacio, no descubrieron nada anormal en el viaje desde el planeta M-2-M al W-7-W, este último mucho más importante, no sólo por la extracción, purificación y transformación hasta obtener el atomcercio, sino por las condiciones generales de vida y porque era más grande.

Su volumen era mayor, y, por tanto, la gravedad superior a la del planeta Tierra. Caminar mucho o hacer cualquier esfuerzo en W-7-W equivalía a más cansancio con respecto a idénticos esfuerzos realizados en el planeta Tierra, Marte o Venus, y, por supuesto, muchísimo más que en la Luna.

—Atención, atención, habla el comandante Korak de la Sky-111,

respondan, W-7-W.

Mientras efectuaban la llamada, habían entrado ya en la órbita del planeta.

La teniente Alilat observaba con las telecámaras la superficie en la que habían grandes y profundas hoyas geológicas, lagos vastísimos, zonas desérticas y extensas áreas de bosques.

—Todo parece normal —dijo— las bases están intactas. No han sido destruidas.

—Aquí W-7-W —respondió por fin una voz que emergió del centro de comunicaciones del planeta-colonia.

—Les escucho, ¿todo bien? Cambio.

—Sin novedad en la colonia, comandante Korak, sin novedad, cambio.

—Perfecto, vamos a tomar contacto con el suelo del astródomo, cambio —advirtió Korak.

Todos quedaron más tranquilos. El gigante no había llegado hasta aquel planeta que los terrícolas explotaban.

La gran nave Sky-111 entró con rumbo tangente respecto a la superficie; de este modo se evitaban los durísimos rozamientos contra la atmósfera. Aunque la nave podía soportarlos, era mejor no afrontarlos para evitar un excesivo desgaste.

Al fin, la Sky-111 se posó en el astródromo. Todo parecía perfectamente normal; no obstante, el peligro acechaba, estaba latente aunque los fiabilísimos sensores de la nave no hubieran detectado nada extraño.

CAPITULO IV

Cuando Vincent Korak entró en el despacho del gobernador de la colonia, se encontró con el gobernador Patterson y junto a éste, a su secretaria personal.

Clotis era una bellísima pelirroja de piel ligeramente bronceada y grandes ojos pardos. Su cuerpo era venusino, quizá de formas algo exageradas, formas que el traje que vestía ceñían e insinuaban ostensiblemente.

—Adelante, comandante Korak.

—Hola, comandante —saludó la secretaria con su voz algo aguda.

Al hablar, siempre se movía ligeramente, de una forma sinuosa que resultaba muy provocativa a los ojos de los hombres.

--Hola, Clotis. Gobernador Patterson, quería hablarle.

—Adelante.

Korak miró significativamente a Clotis y ésta, con una sonrisa, preguntó:

—¿Tengo que marcharme?

—Sólo serán unos minutos.

—Está bien.

Se levantó y oscilando sus atractivas caderas, abandonó el despacho.

—Bien, comandante Korak, es agradable tenerles de nuevo entre nosotros.

—Gobernador, voy a enviar un mensaje en clave al gobierno central de la Confederación Terrestre para notificar una tragedia ya irremediable.

—¿Una tragedia irremediable? —El rostro del gobernador reflejó inquietud e interés por conocer las noticias que traía el comandante Korak.

—Gobernador, directamente, sin que cunda el pánico en esta colonia, puedo decirle que nuestra colonia en el planeta M-2-M ha sido aniquilada totalmente hasta la incineración.

—¿El planeta M-2-M, donde está de gobernador el profesor Chadman?

—Sí. Pude hablar con el propio gobernador Chadman antes de que ocurriera la tragedia,

—No sabía nada. ¿Cómo ha ocurrido?

—La colonia ha sido atacada por un ser extraño y desconocido que viaja por el espacio, no sabemos por qué rumbos ni con qué intenciones, pero sí sabemos que su poder es muy grande y que destruyó una de nuestras naves interceptoras.

—¿Por eso se marcharon de aquí precipitadamente con la alarma?

—Sí.

—¿Y se han enfrentado con ese ser?

—Mi nave todavía no lo ha localizado y debo confesarle que nos hemos precipitado a venir aquí por si él llegaba antes que nosotros y ustedes corrían el peligro de ser aniquilados como la otra colonia del planeta M-2-M.

En el rostro del gobernador se habían multiplicado las arrugas. El era el máximo representante de la colonia, la máxima autoridad.

—¿Estamos en peligro? —preguntó con voz ronca.

—Es posible, no sabemos dónde se encuentra ese ser en estos momentos. Puede aparecer en cualquier instante y atacar como ya lo ha hecho en el planeta M-2-M.

—Pero ¿la nave de usted no es superior a la suya? Tengo entendido que la Sky-111 es el máximo exponente de nuestra milicia espacial, la más veloz, la mejor armada.

—Lo que dice respecto a la Sky-111 es cierto, gobernador Patterson, pero ese ser no utiliza ninguna nave espacial ni de ninguna otra clase por lo que hasta ahora sabemos.

El gobernador parpadeó incrédulo.

—¿Dice que va por el espacio sin nave?

—Sí.

—Fantástico...

—Es más, parece que ni lleva traje espacial siquiera, Mírelo.

Le mostró una fotografía que llevaba consigo, a color y tridimensional, sacada a las pantallas de la propia Sky-111, que presentaba al gigante del espacio.

—Es horrible, extrañísimo. ¿Y qué respira, con qué se alimenta?

—Lo ignoramos, pero con ese ojo tiene, que disparar rayos destructivos e incinerantes.

—Increíble. Se ve monstruoso desde nuestra mentalidad; sin embargo, visto con objetividad, no parece tan peligroso. Frente a una nave como la que usted tiene en sus manos, comandante Korak, ¿qué puede hacer él?

—Hay algo que no se aprecia en la fotografía, gobernador.

—¿A qué se refiere, no va solo?

—Por lo que sabemos, sí va solo. Es su tamaño, gobernador.

—¿Su tamaño, quiere decir que es muy grande?

—¿Recuerda usted la torre Eiffel que está en París, construida hace ya muchos siglos.

—Sí, claro, es uno de los grandes e históricos monumentos de nuestra civilización. Creo que se erigió el año 1889.

—Pues bien, ese ser es tan alto como la torre Eiffel, trescientos metros. ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

—Es horrible... ¿Cómo un ser vivo puede tener ese tamaño?

—Lo ignoramos todo sobre ese ser que hemos dado en llamar el gigante del espacio, o simplemente el gigante, para abreviar.

—¿Cree que se presentará aquí en W-7-W?

—Hay posibilidades de que así suceda. Mi nave está en alarma preventiva permanente. Si se presenta, le daremos batalla. Usted deberá tomar toda clase de medidas y hacer varios ensayos para la protección civil y militar, como si se tratara de ataques inesperados de alienígenas o cataclismos. Puede probar todos los sistemas de defensa

y seguridad, que los refugios funcionen perfectamente. El planeta M-2-M no poseía refugios subsolares de gran profundidad, por eso fue arrasado. Aquí sí existen refugios en prevención de posibles fugas de los contenedores de atom-cercio que se trasladan al planeta Tierra o adonde haga falta. Esos refugios deben ser probados; que todo el personal se pueda proteger rápidamente ante un ataque fulminante e inesperado.

—De acuerdo, haremos todas las pruebas que usted desee.

—Lance la primera alarma de forma imprevista; después, de forma sistemática cada dos, tres o cuatro horas, pero no a plazos fijos que se puedan intuir. Hay que conseguir que todo el mundo reaccione con rapidez.

—Eso reducirá el tiempo de trabajo en la colonia.

—Vale más perder el ritmo y muchas horas laborales que todo, ¿no cree?

—Es cierto, haré lo que usted dice. Pondré todos los sistemas de seguridad constantemente alerta.

—Hágalo. Lo que desearía preguntarle es si no han notado algo anormal.

—Pues no, ya se lo he dicho, no hemos notado nada preocupante, desconocíamos incluso la tragedia del M-2-M.

—Que no cunda la alarma aquí; sin embargo me gustaría saber si los sistemas de telecomunicación han advertido algo extraño.

—Ahora mismo lo sabremos.

Con su televideófono, el gobernador conectó con el centro de telecomunicación.

La imagen de un oficial apareció en pantalla,

—¿Llamaba, gobernador?

—Sí, el comandante Korak desea hacerle algunas preguntas.

—Estoy a la escucha, señores.

—Oficial, ¿en las últimas cincuenta horas, su centro de telecomunicación y control del espacio ha detectado algo extraño?

—¿Algo extraño, comandante Korak? —repitió perplejo, como no

entendiendo bien la pregunta.

—Sí, algo como una nave extraña o un meteorito.

—Pues, no, comandante Korak, no hemos detectado ninguna nave extraña ni meteorito de regulares dimensiones como creo que usted pretende.

—Bien, entonces nada más.

—Un momento, comandante.

—¿Sí? —El interés avivó el rostro del comandante Korak.

—Pues, tuvimos unas extrañas interferencias.

—¿Interferencias, de qué clase, oficial?

—No sé, hubo como un bloqueo inexplicable de todos nuestros sistemas. Lo atribuimos a una avería general de suministros, ya que duró unos pocos minutos. Revisamos el sistema de energía, pero cuando lo estábamos haciendo, todo el sistema volvió a funcionar con normalidad: Es una de esas raras averías que de cuando en cuando nos ofrece el mundo de la electrónica.

—¿No le hallaron ninguna otra explicación, oficial?

—No, comandante. Revisamos, todos los sistemas une por uno y todo funcionaba perfectamente y no se ha registrado ninguna anormalidad.

Mientras se sostenía esta conversación a través del televideófono, en un lugar alejado del núcleo central de la colonia, dos de los terrícolas conducían un gran tractor oruga arrastrando tras de sí cuatro carros cargados con mineral.

El conductor entonaba una antiquísima balada vaquera mientras su compañero bostezaba. El viaje era todavía largo hasta su destino.

—Teníamos que haber seguido la carretera general.

—Por aquí pasaremos por la ribera del lago y allí vive una chica que te hace olvidar las colonias de vacaciones que tenemos en la madre Tierra —Charlson, el conductor, se echó a reír, cantando a continuación—: «Iremos un día al Farwest y montaremos en un caballo blanco...»

—Como no lo saques del zoo —gruñó su compañero—. Por lo menos déjame dormir.

El tractor oruga avanzaba sin problemas. Poseía cuatro motores independientes de gran potencia y no había obstáculo que no pudieran rebasar, arrastrando tras de sí el tren cargado de mineral ya tratado en su primera transformación. Aquel producto ya era el uno por mil del material extraído. Cada mil kilos de mineral se transformaba en un kilo del que transportaban hacia la base central de la colonia, en cuya factoría de acabado sería convertido en atom-cercio.

No había escolta ni vigilancias, ya que era un planeta sin problemas. Nadie podía asaltarles ni robarles, tampoco había fieras peligrosas en las áreas arbóreas' y menos en aquel desierto por el que avanzaban, un desierto de suelo rojizo, con mucha roca y donde había profundas hoyas geológicas semejando grandes cráteres lunares.

Como era un planeta sin luna, los viajes nocturnos sin luces estaban prohibidos por aquel desierto, ya que la oscuridad era total, mas en aquellos momentos era de día y recibían la luz de la estrella que era el centro del sistema en que se hallaba aquel planeta colonial.

El chófer del cargamento conocía bien la geografía por donde solía moverse.

Hacía mucho tiempo que ostentaba el cargo de transportista, para él no guardaban secretos las carreteras o los atajos que en ocasiones tomaba sin permiso de la superioridad. De este modo, ganaba un tiempo que luego consumía junto a las mujeres que le gustaban.

Charlson tenía su forma de vivir y había que aceptarlo tal cual era. Se había ganado muchos correctivos, pero no había cambiado en absoluto y al final optaron por dejarlo estar.

De pronto, por el cristal de la ventanilla, al pasar junto a una de aquellas grandes hoyas geológicas, profundas y anchas, como socavadas por un pesadísimo y demoledor meteorito, descubrieron algo inesperado.

—Diablos, ¿qué es eso? Antes no estaba ahí.

Por el centro de la hoya asomaba un gran bulto que Charlson no reconocía. Era como si en aquella especie de gigantesco cráter hubiera nacido una montaña.

—¿Me habré equivocado de camino? —rezongó deteniendo el tractor de arrastre—. ¡Eh, tú! ¿Has visto eso?

—¿Qué pasa? —preguntó su compañero, que estaba bostezando.

Charlson abrió la portezuela y saltó al suelo, acerándose al cráter

para observarlo.

—Por todos los demonios del universo, no había visto jamás nada igual.

—¿Qué es lo que pasa, Charlson?

—¡Ven, ven y verás!

El compañero, con aire de fastidio, se apeó de tractor y se le acercó quejándose.

—Vamos a perder tiempo aquí.

—¡Mira eso!

—¿El qué?

La grandiosidad de la mole les impedía verla al primer golpe de vista tal cual era realmente.

—¿Qué es esto? Parece una estatua gigantesca. ¿Quién la habrá metido aquí?

—¿Te das cuenta de lo enorme que es? Los pies están en el fondo del cráter y no se le ven, sólo vemos su monumental cabeza y los hombros, pero parece que está completa.

—Sí, es cierto, parece completa y tiene un color muy raro, ¿verdad? No sabía que hubiera estatuas semejantes por aquí. No me habían hablado de posibles civilizaciones en este planeta.

—Que yo sepa, tampoco las ha habido, esto es muy raro. Tendremos que dar un informe para que los técnicos vengan a investigar. A lo mejor nos dan un permiso extra por haber descubierto a este gigante metido dentro del cráter.

—¡Charlson, Charlson, no es una estatua, está vivo, está vivo! —gritó inesperadamente su compañero.

Los párpados del monumental ojo se abrieron despacio primero y más rápidamente después.

Los dos hombres quedaron como subyugados por aquel enorme ojo que les escrutaba a poca distancia ya que casi estaba a nivel del borde superior del cráter donde ellos se hallaban.

—¡Vámonos, Charlson, vámonos, es un monstruo gigantesco!

No llegaron lejos.

Del centro de aquel ojo cuya pupila era rojo rubí brotó un rayo que los redujo a cenizas y lo mismo hizo con el tractor oruga y su cargamento. Hierros fundidos y cenizas fue todo lo que quedó junto al cráter.

El gigante del espacio se había detenido en el planeta W-7-W y los terrícolas lo ignoraban.

Había conseguido atravesar todas las barreras de detención a distancia sin ser descubierto y ahora aguardaba el momento de intervenir de nuevo y nadie podría detenerlo.

Era algo total y absolutamente desconocido para la civilización terrícola que con excesiva soberbia pretendía haberlo descubierto ya todo o por lo menos, casi todo. Más, allí estaba aquel enigmático ser que había hecho su aparición para terror del mundo terrícola.

CAPITULO V

La alarma preventiva dentro de la Sky-111 se mantenía con rigor absoluto, pese a que muchos opinaban que no era tan necesaria.

Así pensaba el mayor René Losua, exponiéndolo a Korak.

—Creo que en vez de permanecer aquí deberíamos salir al espacio a buscarlo. Llevamos veinticuatro horas detenidos en el astródromo y no hemos tenido la más mínima señal de su existencia.

—Creo, mayor, que tratará de acercarse por aquí.

—¿Por qué está tan seguro, comandante?

—Porque las otras colonias están a mucha distancia en dirección a la Tierra y si quiere destruir algo de forma lógica, porque no cabe duda de que es un ser inteligente, no va a dejar al enemigo a su espalda.

—Puede ir directamente a otra colonia.

—Existen otros sistemas de alarma y naves que pueden hacerle frente, no olvide que hay escuadrillas de naves de la milicia de combate. W-7-W es un planeta muy importante y ese ser puede saberlo. Si se pierden los suministros de atom-cercio, sufriríamos un rudo golpe al perder también, como es lógico, los suministros energéticos que sirven para que nuestras naves crucen el espacio sideral. Colonias enteras funcionan con sistemas ecológicos artificiales en planetas que por sus temperaturas y atmósferas nos son hostiles.

—Tenemos atom-cercio almacenado en depósitos adecuados para resistir mucho tiempo sin él.

—Es cierto, pero no podemos perder los suministros para un futuro más o menos próximo. Opino que es mejor esperar aquí unas horas más en vez de salir a buscarle. Quizá esté esperando eso para que éste quede desguarnecido y entonces poder atacar.

—Lo que usted diga, comandante Korak.

—Quiero que estemos permanentemente en situación de combate. No sabemos en qué momento puede reaparecer.

—¿Y la tripulación? Pedirá salir a divertirse a la colonia donde gozan de salas de diversión, piscinas y otras cosas.

—Se turnarán los que estén en sus períodos de ocio. Descenderá el cincuenta por ciento de los que podían salir a buscar diversiones en período normal y por rigurosos turnos.

—Bueno, creo que eso alegrará a la tripulación. Si van a divertirse aunque sea unos pocos y por turnos, siempre será un aliciente teniendo en cuenta que los tripulantes de la nave, al pasar mucho tiempo en el espacio, no gozan de las mismas posibilidades de diversión que los que trabajan en la colonias.

—Gozan de otras satisfacciones diferentes, mayor Navegar por el espacio siempre ha sido algo magnífico.

—Tengo que admitir que sí es magnífico.

Korak llamó a Gorjo y le dio instrucciones para que un reducido grupo de la tripulación pudiera descende a la colonia.

—Comandante Korak —le interpeló la teniente jefe de telecomunicaciones.

—¿Qué hay, Alilat, algo nuevo?

—No, todo el espacio sigue tranquilo, ninguna novedad. Se han cursado los mensajes en clave al centro de la Confederación Terrestre y al resto de colonias para que tomen medidas precautivas.

—¿Se han recibido respuestas?

—Sólo algunas, acusando recibo de la notificación. De la Tierra aún tardará la respuesta.

—Bien, cuando tenga noticias me lo notifica.

—Ah, se me olvidaba, la secretaria del gobernador ha preguntado por usted.

—¿Clotis?

—Sí —asintió algo molesta, mirando al hombre a los ojos; luego, cambió el sentido de su mirada.

—¿Y qué quería?

—No lo sé, sólo ha preguntado si hoy iría usted por los despachos.

—¿Por los despachos?

—A lo mejor es que ella desea verle personalmente. ¿No se ha dado cuenta de que las mujeres lo miran mucho, comandante?

Esta vez, Korak la miró a ella directamente, escrutando dentro de los ojos femeninos de tibio color turquesa. Korak había colocado en sus labios una media sonrisa cínica.

—No me había dado cuenta, la verdad.

—Es que está siempre muy preocupado por su nave, Comandante.

—Por mi nave, por mis tripulantes y por las misiones que se me encomiendan.

—Algunas mujeres deben pensar que sería agradable tener un hijo de usted. Después de todo, las mujeres seleccionamos al varón; de esta forma, si nace un hijo, es del hombre elegido.

—Sí, ya. Y a usted, Alilat, ¿también le gustaría tener un hijo mío?

Ahora fue ella quién le sonrió entre burlona e irónica.

—¿Por qué no? Por todos los exámenes médicos, sé que estoy en perfecto estado de salud y de sexo y además de teniente de comunicaciones, soy Alilat, simplemente una mujer.

—Lo tendré en cuenta, Alilat.

No era nada extraño que una mujer expresara sus deseos a un hombre, como un hombre podía igualmente expresarlos a una mujer.

No es que Korak no hubiese reparado en la teniente; era rubia, esbelta, de senos altos y turgentes, cintura estrecha, caderas redondeadas y bien proporcionadas, muslos suaves y estilizados. Tenía unos ojos muy bellos una boca de labios firmes que ella podía hacer terriblemente sensuales.

Ser tripulantes de una nave como la Sky-111 era muy duro, pues pese a las salas de esparcimiento, las relaciones sociales no eran excesivamente abiertas.

Se había abolido el viejo sistema de grandes dormitorios para llegar a la conclusión de que los hábitats individuales eran preferibles. Concedían un pequeño reducto privado donde el que lo deseaba se recluía para descansar, leer o meditar.

No estaba prohibido que unos compañeros visitaran a otros en

plan de amistad o en relación de pareja, lo que sí estaba ordenado en el reglamento era que toda mujer embarazada debía ser relevada de sus puestos y trasladada a lugares de trabajo más suaves y burocráticos. La maternidad era mimada para que el fruto pudiera nacer con el máximo de protección. De este modo ninguna mujer responsable rechazaba la maternidad Alilat podría ser la mujer perfecta para engendrar un hijo suyo, pensó Korak, pero él no quería una unión simple sino una unión por amor, aunque no rechazaba por supuesto, ninguna compañía femenina cuando el poco tiempo de que disponía se lo permitía.

Se dijo que cuando pasaran los problemas del gigante del espacio, si es que lograba volver a encontrarle dedicaría más tiempo a Alilat. Ahora ya había quedado claro por parte de ella que no lo rechazaba.

Como a bordo todo estaba en orden, Korak se colocó el cinturón de reglamento en el que llevaba una pistola polivalente de ultrasonido y láser y un telecomunicador que en todo instante lo mantenía comunicado con el puente de mando de la nave.

Korak, por su cargo de comandante, no podía tener una amistad demasiado exteriorizada con nadie. En algunos momentos se daba cuenta de esa soledad y entonces era cuando pensaba que le hacía falta una pareja Luego, el trabajo volvía a absorber todas sus atenciones y relegaba su vida particular a un segundo término Después de tantas y tantas horas de tensión, ahora volvía a experimentar ese sentimiento de soledad, quizá catalizado por lo que le había dicho Alilat, pero la joven tenía por delante varias horas de vigilancia, luego alimentación y finalmente descanso.

No tendría derecho a su ocio por razones de servicio en unas cuantas horas, algo más de diez. Korak, aun siendo el comandante en jefe de la nave, no iba a relevar a Alilat de sus ocupaciones porque habría sido un hecho abusivo y de estricto interés personal.

El no cometería nunca una traición semejante con su tripulación; todos eran exactamente iguales en tiempo de servicio, descanso y ocio.

Un poco cansado por la tensión que se respiraba dentro de la nave, pues nadie podía olvidar los muertos habidos en el planeta M-2-M, y el propio teniente Donasky, deseó elevar un poco su estado anímico.

Decidió que primero iría a la videoteca y luego quizá se dirigiera a algún área deportiva de la colonia.

La videoteca no tenía mucha luz, toda era indirecta, suave y de colores muy matizados. Sonaba una música estridente que salía del

conjunto musical que actuaba en la pantalla gigante y tridimensional que estaba al fondo, cerrando la pista de baile.

Algunas personas bailaban, otras charlaban en los sofás.

La elevada estatura de Korak se imponía sobre todos los hombres que allí estaban. Su aspecto atlètico y su rostro duro, joven, pero con un marcadísimo carácter, hizo que varios ojos femeninos se posaran en él con avidez. Allí en la videoteca no había inhibiciones ni trabas para expresar sentimientos.

—¡Korak!

Se volvió. Casi junto a él estaba la bella y provocativa secretaria del gobernador.

—Clotis...

—Hola,, Korak. Ven, tengo un sofá al fondo donde estaremos tranquilos.

Korak no opuso resistencia. Clotis podía hacer pasar el malhumor a cualquier hombre. Iba ataviada con un mono muy brillante que la ceñía como una segunda piel y todas sus formas quedaban altamente realzadas.

Clotis era coqueta porque podía permitirse el lujo de serlo, pero también era inteligente, aunque en Alilat existía una armonía más perfecta entre sus cualidades intelectuales y físicas; pero Alilat no estaba allí y Korak sentía deseos de aliviar y relajar su tensión. La charla y la compañía de Clotis le vendrían bien.

—¿Qué vas a tomar?

—La verdad es que me he olvidado de cenar.

—Muchos problemas, ¿verdad?

—Sí, demasiados. ¿Sirven aquí algo de alimento?

—Sólo algún plato combinado si lo pides, no están mal. Le dices al camarero las calorías exactas que necesitas y no tendrás problemas.

—¿Tú los tienes para no entrar demasiado en carnes

—Pues sí. He visitado al doctor y dice que mi problema es que en proporción tengo más apetito que las energías que consumo en mi actividad normal.

—¿No practicas ningún deporte?

—La verdad, sólo lo justo y que recomiendan las ordenanzas. El deporte ordinario no es lo que más me divierte.

—Hay mucha variedad de deporte.

—Es cierto, pero prefiero bailar un rato.

—Bailar desgasta tanto como algunos deportes.

—Eso me digo yo.

Llamaron al camarero y Korak pidió un plato combinado, señalando las calorías que precisaba. Al poco le fue servido el plato y Clotis lo miró con deseo.

—¿Todo eso te vas a comer?

—Sí, no es mucho.

—Si me lo comiera yo, engordaba en poco tiempo. Los hombres sois unos glotones empedernidos.

—Eso es envidia, Clotis.

—Mientras comes voy a bailar un poco, así no sufro viéndote consumir todo eso.

—Como gustes.

Clotis comenzó a bailar frente a él y sus movimientos resultaron altamente sensuales. Era una diablesa provocando. Se le acercaron varios hombres que pretendieron aparejarse con ella, pero con movimientos desdeñosos los fue rechazando.

Los afectados miraban los ojos de Clotis y viendo que se dirigían hacia donde estaba Korak, comprendían su fracaso y se retiraban sin insistir.

Mientras consumía su plato, Korak pudo ver con perfección la posibilidad de movimientos que tenía el cuerpo femenino. No había acabado el plato cuando sonó una estridente sirena y las luces de toda la colonia comenzaron a hacer intermitencia.

—Es la alarma general contra cataclismos.

Korak, que llevaba el telecomunicador encima, sabía que era una alarma de ensayo como él mismo recomendara al gobernador

Patterson; de no haber sido así, desde el puente de la nave se lo habrían comunicado inmediatamente, por eso estaba tranquilo, pero cumpliría con las normas como un miembro más de la colonia del planeta W-7-W.

Korak debía dirigirse al refugio de gobernación. Todo estaba perfectamente distribuido y no es que unos refugios fueran superiores a otros en seguridad, pero sí tenían accesos distintos y sus instalaciones interiores también eran diferentes.

—Vente conmigo.

—¿Adonde?

—A mi refugio personal.

Korak no puso impedimentos y siguió a la bella pelirroja, que en aquellos momentos estaba libre de servicio como él mismo, que había salido de su nave para relajar la tensión que sentía, provocada por tantas y tantas horas de espera sin que apareciera el temible gigante alienígena.

El refugio de Clotis estaba ubicado en la décima subplanta, a mucha profundidad del suelo del planeta. Capas y capas de hormigón armado se aislaban del exterior.

Dentro, por túneles, salas y estancias, todo funcionaba a la perfección. Luces que se encendían y apagaban con intermitencia, flechas de color verde que indicaban la dirección a seguir, voces que recomendaban celeridad pero con orden.

No reinaba ningún caos, todo estaba reglamentado. Aunque las alarmas siempre habían funcionado como puros y simples ensayos, todo se hallaba más que probado. No habían sufrido ningún ataque ni cataclismo que pudiera dejarles incomunicados dentro de los refugios, con agrietamientos y derrumbes. Corno nada de aquello había ocurrido, todo funcionaba a la perfección en el simulacro.

Cuando entraron en el pequeño refugio privado de Clotis, se encendieron las luces de forma automática.

Era una estancia rectangular, con un cuartito de servicios anexo. El lugar era tan confortable como acogedor y una vez dentro, aún siendo pequeño, nadie podía suponer que se hallaban en un refugio contra fulminantes ataques nucleares, o cataclismos demoledores.

—Vaya, te cuidas bien —opinó Korak.

Clotis paseó su cuerpo por delante de los ojos masculinos y conectó una música ambiental suave y sensual. Todo en ella era sensual, su forma de ser, su figura, sus vestidos, sus muebles, sus luces, los colores… Cuanto la rodeaba invitaba a la sensualidad.

—¿Bailamos un poco?

—Sí, ¿por qué no?

Se colocaron uno frente a otro y movieron sus cuerpos despacio y rítmicamente al compás que marcaba la música que penetraba en sus cuerpos no sólo por los oídos sino por toda la piel de sus cuerpos.

De cuando en cuando, Clotis echaba su cabeza hacia atrás, cerraba los ojos y entreabría sus labios para mostrar una doble hilera de dientes perfectos mientras impulsaba hacia delante su vientre y parte de los muslos.

Avanzada la música, ambos levantaron las manos con los brazos abiertos y algo alzados. Juntaron sus palmas, oprimiendo ligeramente unas contra otras como para transmitirse sensaciones a través del tacto y así siguieron bailando cada vez sus cuerpos más y más cerca uno de otro.

—Clotis…

—¿Qué?

—Eres el placer hecho mujer.

—¿Sí?

—Sí.

—Y tú eres muy varonil. Me gustas, Korak, me gustas mucho.

—Tendrás muchos adoradores en la colonia.

—Sí, no puedo quejarme.

—¿Quién goza de tus preferencias?

—Nadie, me gustas tú.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Si apenas estoy por aquí.

—Conozco muy bien tus viajes. Aunque no lo supieras, te seguía con la computadora, y cuando haces transmisiones a la colonia, escucho tu voz con un gran placer. Cierro los ojos y te imagino tal como eres, como si estuvieras delante de mí pero sin la guerrera.

—Vaya ¿me utilizas para tu placer mental?

—Hace algo de calor, ¿no puedes quitarte la guerrera?

—¿No será mejor rebajar el aire acondicionado?

—No, que luego podría coger frío.

Ella apartó sus manos de las del hombre sin dejar de oscilar y desabrochó la guerrera masculina hasta conseguir quitarla. Luego introdujo sus dedos entre el vello masculino.

—Anda, Korak, bésame, Siempre me he preguntado cómo sería un beso dado por ti.

—A lo peor te defraudo.

Ante aquel comentario algo burlón e irónico, Clotis sonrió con la boca entreabierta y los ojos cerrados.

—Prueba y luego te contestaré.

Korak aceptó el desafío, y no la defraudó.

CAPITULO VI

El gobernador Patterson se hallaba en su despacho, con el rostro ensombrecido por la preocupación.

Clotis estaba ante su panel electrónico de secretaria para tomar los datos que le indicaran o facilitar los que le exigieran tomándolos de las computadoras de memoria.

Korak, frente al gobernador de la colonia, preguntó:

—¿Qué es lo que sucede?

—Tenemos un problema.

—¿Grave?

—La desaparición de dos miembros de una colonia siempre es un problema grave.

Korak se percató de que Clotis, más o menos disimuladamente, le observaba con ojos muy intencionados y terriblemente cálidos.

—¿Dos hombres, qué misión tenían?

—Transporte de mineral cribado de las áreas de extracción y primera transformación hasta aquí, el centro vital de la colonia donde ese mineral sufre los bombardeos de mesones para ser transformados en atom-cercio, listo para ser empleado.

—¿Y cómo han desaparecido?

—Lo ignoramos, partieron con un cargamento de mineral, un tractor oruga y tres vagones de arrastre.

—¿Los han buscado detenidamente?

—Sí, nuestros servicios de socorro han recorrido la carretera sin encontrar nada. Han desaparecido junto con el tractor y los vagones de arrastre, es como si se los hubiera tragado la tierra. ¿No le parece extraño?

—Lo es si no aparecen, porque supongo que desapariciones de esta índole entre miembros de la colonia no deben ser frecuentes.

—No, no lo son. En ocasiones, alguien cae en una sima o en un lago, pero encontramos la pista y se recupera el cuerpo. En este caso, nada. Algunas naves voladoras han hecho varias pasadas por la zona y no se ha hallado ni rastro, y un tractor con tres vagones de arrastre son bastante fáciles de detectar.

—Sí, opino lo mismo.

—¿Cree que pueda tener alguna relación con el problema que nos agobia?

—No lo sé, gobernador, no lo sé; sin embargo, me cuesta creerlo. Los sensores de detección de mi nave, que son muy superiores a los que puedan tener en la colonia, no han detectado nada anormal.

—Entonces, con este caso de los dos desaparecidos quizá le estoy preocupando en exceso, será simplemente un problema local. Seguiremos enviando expediciones de socorro y rastreo hasta que den con ellos.

—Sigan las investigaciones; no obstante, me proporcionarán una ficha con el recorrido que debían realizar esos dos hombres, también una relación de sus costumbres y amistades.

—Clotis se lo dará.

—¿Ahora mismo, gobernador, o luego, para obtener el máximo de datos? —preguntó la bella y exuberante secretaria de abundantes cabellos pelirrojos.

—Yo voy a mi nave, ya los pediré por videoteléfono.

—Como usted diga, comandante Korak.

El gobernador miró sorprendido a Clotis, que para hablar había empleado su voz más cálida y sensual; luego miró a Korak y comprendió.

—Bueno, comandante Korak, mejor si no existe ninguna relación. También quería notificarle que los miembros de la colonia, pese a que son muy disciplinados, ya empiezan a estar hartos de las continuas alarmas, aunque he de aceptar que el orden es perfecto y las revisiones exhaustivas, comprobándose que todo, absolutamente todo, funciona a la perfección.

—Sí, eso puedo atestiguarlo personalmente porque he vivido uno de esos ensayos.

—¿Ah, sí? Lo ignoraba.

—Sí, estaba en la videoteca cuando sonó la alarma.

—Pues, no le vi en los refugios del gobierno.

—Es que preferí ver por mí mismo como funcionaban los otros refugios generales y privados.

—Bien, bien, celebro que le hayan complacido las pruebas.

—No deben contarse estos ensayos aunque sí puede distanciar unos de otros, es decir, no los haga tan consecutivos.

Clotis lo miró muy intencionadamente y hasta le interrogó con la mirada, como preguntándole cuándo habría otra alarma para que ambos pudieran utilizar el refugio privado.

Korak abandonó el despacho del gobernador.

Clotis salió con un pretexto y le llamó antes de que desapareciera por un corredor.

—¡Korak!

—¿Qué sucede, Clotis? —inquirió volviéndose.

—¿Cuándo podemos encontrarnos de nuevo?

—No lo sé, quizá sea mejor que no volvamos a vernos.

—¿Por qué? —inquirió ella, ensombreciendo su rostro.

—Deja que lo que ocurrió .se conserve como un recuerdo hermoso.

—No, lo quiero como algo real y muy vivo.

—Clotis, tengo grandes problemas que resolver ahora.

—Es la mejor ocasión para que un hombre de tu talla busque una compañera. Esos encuentros te pueden relajar, ¿o es que te he decepcionado?

—No, no me has decepcionado, cualquier hombre sería dichoso por el hecho de estar contigo.

—¿Acaso tú deseas a otra mujer?

—Pues, la verdad, hoy por hoy... Mira, Clotis, déjalo estar, ahora tengo que hacer —se evadió Korak.

— ¡No te dejaré, serás mío, sólo mío!

Clotis era una mujer tan ardiente como absorbente y esto último era lo que más preocupaba a Korak.

El podía encontrar una compañera con quien unirse, pero por razón de su cargo como comandante de una nave de tanta importancia como la Sky-111, no podía dejarse arrastrar por una mujer. Si lo intentaba, debía ser como una fémina que, además de amarla como él la amaría a su vez, fuera lo suficientemente como para no constituir un obstáculo en sus misiones.

Al pensar aquello, mientras montaba en una telesilla que le conducía por los túneles a una velocidad regular hasta el mismísimo astródromo, apareció en su mente la imagen de Alilat, la teniente de telecomunicaciones de su nave.

Cuando subió a bordo de la nave y penetró en el puente de mando, la teniente Alilat fue a su encuentro. Sonreía, pero su sonrisa era algo triste. En el ambiente reinaba la actividad propia de una alarma preventiva.

—No ha habido ninguna novedad en su ausencia, comandante Korak.

—¿Le sucede algo, Alilat? —le preguntó con un tono algo más que amistoso.

—¿Qué habría de ocurrirme, comandante? Ya le he dicho que estamos sin novedad, no se ha detectado ninguna anomalía.

—Sí, sí, lo he oído, sin embargo... ¿Es que no ha descansado las horas reglamentarias?

—Pues...

Se acercó el capitán Gorjo, objetando:

—Disculpe mi intervención, comandante, pero he oído lo que decían y como jefe de vigilancia debo notificarle que la teniente no ha tomado sus horas de ocio reglamentarias y ha permanecido aquí en su puesto.

—No tiene importancia, todos hemos de colaborar en el mantenimiento de la alarma preventiva —objetó ella,

—Sí tiene importancia, Alilat —le reprochó Korak—. Si en un momento determinado se precisa de usted, no podrá rendir al máximo

porque estará agotada.

—Cuando no rinda lo que se me exija, será el momento de reprochármelo, comandante; antes, sólo son suposiciones.

—Tiene razón —aceptó—. Lo cierto es que esta situación de espera es molesta. Es como si el espacio infinito se hubiera tragado a ese gigante. Tengo deseos de encontrarlo, pero mejor sería que hubiera regresado a los ignotos mundos de los que debe proceder.

—¿Sin vengar a los muertos terrícolas? —preguntó Gorjo, el fornido negro feje de seguridad.

—Las venganzas son malas para quien las recibe, pero también para el que las aplica. Teniente Alilat, en cuatro horas saldré a hacer unas investigaciones con una nave exploradora; me gustaría que me acompañara.

—Lo que usted ordene, comandante.

—Sí, pero es necesario que esas cuatro horas que faltan se las tome como descanso.

—Lo que usted ordene, comandante.

—Pues, retírese a su descanso, en cuatro horas la quiero totalmente recuperada.

—Lo estaré, comandante, puede contar conmigo.

—Capitán Gorjo...

—Sí, comandante.

—Destine a dos de sus hombres expertos en rastreos y exploración. Dentro de cuatro horas los quiero a bordo de la Rojo Cuatro.

—Allí estarán, comandante —aceptó Gorjo.

Korak se dirigió hasta el butacón anatómico del comandante en el que estaba acomodado el mayor Barrow, que lo atendía y respondía a cuantas preguntas se le hacían.

La nave, aunque estaba detenida en el astródromo del planeta W-7-W, tenía los motores en marcha y podía despegar en pocos segundos en el momento que hiciera falta.

—Hola, comandante. ¿Cuándo despegamos?

—Todavía no.

—¿Insiste en que a ese monstruo de un solo ojo le interesa este planeta?

—Sí, insisto en ello.

—¿No sería mejor buscarlo en el espacio?

—No por ahora. El resto de las colonias están alertadas y salir a buscarlo representaría abandonar esta colonia. Si mientras nosotros le buscamos lejos de aquí él viene y ataca a la colonia, mal podremos defenderla y aunque regresáramos rápidamente, el daño ya estaría hecho. En el planeta M-2-M quedó patente que su rapidez de ataque y destrucción es muy grande.

—Lo que usted ordene, comandante, es su responsabilidad, pero opino que aquí quietos jamás le daremos alcance.

—Como usted ha dicho, mayor Barrow, es mi responsabilidad. Ahora, me gustaría que pusiera en marcha los sistemas de telecomunicación a diez bandas para tratar de sintonizar con ese ser.

—¿Cree que si nos capta responderá?

—Lo ignoro, mayor, pero debemos intentarlo. Es posible que él sepa muy bien que nos encontramos aquí.

El mayor Barrow crispó sus puños, conteniendo sus deseos de actuar.

No le parecía acertado el sistema de aguardar agazapados como había ordenado Korak, mas como éste era el comandante en jefe, no tenía otra solución que obedecer. Lo cierto es que si por cualquier causa el comandante Korak le cedía el mando, él pondría en marcha la Sky-111 para buscar al gigante y atacarlo allí donde lo encontrara.

CAPITULO VII

La pequeña nave de exploración y rastreo Rojo Cuatro tenía capacidad para cuatro plazas.

Su radio de acción no era más que interplanetario, no llegaba a ser interestelar. Su mejor rendimiento lo daba en la exploración de la superficie de los planetas, a escasa altura del suelo que se escrutaba. Podía volar sin peligro a tres o cuatro pies del suelo, por encima de las superficies heladas o de agua.

Poseía una gran maniobrabilidad, pero escasos recursos de subsistencia por alimentación.

Los dos hombres elegidos por el capitán Gorjo aguardaban en la nave que acababan de poner a punto.

Cuando llegó la teniente Alilat, Korak ya estaba allí, embutido en su guerrera de aspecto metálico, cinturón y pistola polivalente colgada del mismo.

—¿Me he retrasado? —preguntó la fémina,

—No, Alilat, ha llegado puntual como es su norma —le respondió Korak.

—¿Marchamos ahora?

—Sí. ¿Ha preparado toda la información que le han pasado de gobernación?

—Sí, pero…

—¿Pero qué? —apremió, al ver que ella hacía una pausa.

—Pues, que la secretaria Clotis deseaba hablar con usted, comandante.

—¿Algo personal?

—No me lo ha dicho.

—Bien, cualquier cosa puede esperar, arriba.

Subieron a la nave. Korak tomó el mando y a su lado se acomodó

Alilat. El motor entró en ignición y, silenciosamente, se elevó dos pies sobre el piso del hangar, que se hallaba en la panza de la gran nave Sky-111.

Korak ya había dado las órdenes oportunas para que todo fuera bien durante su ausencia.

Siguiendo las rutas que les habían entregado, recorrieron la carretera que partía desde el centro de la colonia hasta la cantera de extracción y primera transformadora.

—¿Cree que encontraremos algo? —preguntó Alilat.

—No lo sé, pero no pienso dejar suelto ningún cabo, por ingenuo que parezca. Dos hombres y un cargamento han desaparecido, nadie se explica cómo ni por qué.

—Si ese gigante hubiera llegado al planeta, lo habríamos detectado —objetó Alilat.

—No sé, no sé, quizá sea más astuto de lo que creemos.

En la carretera divisaron dos cargamentos distintos, iguales a los que habían desaparecido. Korak se comunicó con ellos por radio, identificándolos.

—No es ninguno de ellos —dijo Alilat, comprobando las fichas y las numeraciones.

Al fin, arribaron a la cantera de extracción y junto a la factoría de primera transformación de mineral. Allí entraban millares de toneladas de mineral que era molturado y de todo ese mineral se extraía una milésima parte que era la que se buscaba, utilizando para ello complicados sistemas electrolíticos.

—Nada, no hemos encontrado nada —dijo Korak molesto, pero sin desaliento.

Detuvo la nave, que quedó quieta, sin tocar el suelo, a cuatro pies de altura.

—¿Que hacemos ahora?

—Sabemos que partieron de aquí y que jamás arribaron a su destino. Por tanto, intentaremos hacer el recorrido que ellos pudieron hacer.

—Por la carretera seguiremos el mismo trayecto que ellos hicieran

—observó uno de los dos hombres que iban atrás.

—Es verdad, pero lo que vamos a buscar es un posible atajo que ellos pudieron tomar. Hay que buscar huellas de las cadenas de la oruga del tractor de arrastre.

—Yo opino —comenzó a decir Alilat, escrutando el mapa que aparecía en pantalla— que si uno de ellos, el llamado Charlson, tenía una amiga aquí junto a esta laguna, pudo tomar un atajo para pasar a verla antes de llegar a su destino.

—Sí, es una posibilidad muy aceptable. Buscaremos junto al margen izquierdo de la carretera con mucha atención. Si no encontramos nada, repetiremos el camino a la inversa, revisando la margen opuesta hasta hallar el punto donde pudieron salirse de la carretera.

Empezaron la búsqueda siguiendo junto a la carretera, pero fuera de ella. Iban despacio, escrutando el suelo mediante las telecámaras que ampliaban los más mínimos detalles.

Todo salía reflejado en pantalla donde era escrutado con minuciosidad.

—¡Un momento, Korak! —pidió Alilat.

El comandante detuvo la nave Rojo Cuatro.

En la pantalla donde se proyectaban las imágenes que captaba la telecámara que llevaban bajo el morro de proa, quedaron perfectamente visibles las piedras, al parecer sin nada anormal para cualquier observación rutinaria,

—¿Qué les parece a ustedes? —preguntó Korak a los dos expertos escogidos por el capitán Gorjo.

—Evidentemente, hay marcas no naturales que se suceden entre sí de una forma rítmica y equidistante, lo que quiere decir que han sido producidas por algo mecánico.

—¿Las cadenas de un tractor oruga?

—Sí, comandante, así es.

—¿Qué le parece si seguimos más adelante a ver qué hay? —preguntó la teniente Alilat.

—Sí, seguiremos adelante despacio para no perder este rastro

hasta que hayamos sobrepasado esta zona de piedras.

Reanudó la marcha con lentitud para no perder el débil rastro que habían conseguido captar con la telecámara. Al fin, el suelo se hizo más blando y en la pantalla de teletrivisión aparecieron unas huellas inequívocas.

—¡Ahí están! —señaló Alilat.

—Sí, ya veo.

—Parece que en algunos puntos se borran —observó uno de los expertos.

Korak opinó:

—Parece como si las ruedas de los vagones de carga que iban tras el tractor en algunos lugares borraran las huellas de las cadenas, pero no hay problema, siguiendo este rastro hemos de dar con los desaparecidos —opinó Alilat, mirando hacia el exterior a través del cristal de la nave.

Iban a poca velocidad y a una altura de unos seis pies del suelo.

—Si han desaparecido, ha sido por alguna causa y debemos averiguarla para evitar que el gobernador se ponga demasiado nervioso.

—Comandante, le sugiero que ponga en marcha los sensores de energía —propuso uno de los hombres de Seguridad que viajaban en la nave.

—Sí, conectaremos el detector de energía y el de infrarrojos.

—Puede que estén en una situación difícil y lleguemos a tiempo de ayudarles —opinó Alilat, deseosa de que su esperanza se confirmara.

—Ellos llevaban telecomunicadores —puntualizó Korak.

—Si el tractor ha volcado, es posible que el telecomunicador se les estropeara —repuso la mujer.

Prosiguieron el avance y los sensores comenzaron a marcar en positivo. Las señales captadas llegaban cada vez con más fuerza a medida que avanzaban siguiendo las huellas dejadas por el tractor oruga.

—Ya parece que hemos dado con ellos —opinó Korak.

Los cuatro pares de ojos terrícolas escudriñaban ansiosos a través del cristal parabrisas.

—¡Mire, comandante, allí hay algo! —exclamó uno de los exploradores.

Korak gruñó:

—Es como una mancha.

—Hay restos de algo —observó Alilat, controlando el medidor de metales que poseía la Rojo Cuatro.

—¿Hay metales fundidos?

—Sí, son metales fundidos y también hay un cargamento de minerales para ser convertidos en atom-cercio.

—Entonces, hemos llegado.

Korak detuvo la nave unos pasos antes de llegar a la mancha de cenizas de la capa de metal fundido y restos de mineral, evidentemente sometido a un gran poder térmico.

La nave se posó sobre el suelo y observaron en derredor.

—No se ve nada anormal por aquí —dijo Korak.

—Uno de los expertos indicó:

—A la izquierda hay una hoya geológica.

—Sí, ya veo, y parece que estamos detectando energía y rayos infrarrojos.

—Los infrarrojos puede despedirlos esa masa que ha quedado aquí como restos de los vehículos.

—Así es, Alilat. Aunque haga más de veinticuatro horas que ha ocurrido la tragedia, si la explosión térmica ha sido muy fuerte, los rayos infrarrojos se conservan durante un tiempo considerable.

—¿Y qué habrá ocurrido, les habrá explotado el cargamento? —preguntó Alilat.

—No lo sé. He oído que, en ciertas condiciones, el atom-cercio puede llegar a producir una fuerte explosión, pero este mineral se hallaba a la mitad de su transformación, es decir, entre la primera transformación a la salida de la mina y antes de la segunda.

Tendremos que consultar con los técnicos especialistas de la colonia que conocerán bien el tema, pero ahora, será mejor que exploremos un poco este lugar. Parece muy tranquilo. Cogeremos muestras de los restos, de las cenizas y del metal para que sean convenientemente analizados.

Descendieron de la nave y caminaron en torno a los restos, tomando muestras mientras Alilat opinaba:

—Todavía conservan algo de calor.

Uno de los hombres del capitán Gorjo se alejó porque le parecía haber descubierto otros restos de cenizas. Sus pupilas estaban fijas en aquellas cenizas blanco grisáceas que contrastaban con el resto del suelo, lo mismo que las otras manchas que estaban observando Korak, Alilat y el otro compañero.

El hombre de Seguridad se inclinó y tomó entre sus dedos un poco de aquella ceniza. Al levantar la mirada, tropezó con algo muy grande que emergía del centro del gran cráter. Parpadeó incrédulo ante lo que estaba viendo.

—¡Vengan, vengan aquí! —gritó de pronto, volviéndose hacia los demás.

—¿Qué sucede? —preguntó Korak.

—¡Vengan, vengan y lo verán, está aquí, aquí!

—Por todos los cielos, eso parece una gigantesca y monstruosa cabeza... —musitó Alilat, aún antes de llegar al borde de la hoya.

A distancia, aquello había parecido una gran roca o algo que era parte del mismo paisaje, pues por su color no se distinguía del resto.

—Es el gigante del espacio —musitó Korak, tan sorprendido como los demás por hallarse tan cerca del monstruo que había vagado por el espacio, destruyendo a quienes se topaban con él.

Alilat, casi fallándole la voz, preguntó:

—¿Está muerto?

—No lo sé, parece de piedra, ahora no es iridiscente tal como lo describid Donasky o como ha salido en alguna de las fotografías que hemos obtenido de él.

—¿Qué hará aquí dentro, comandante? —preguntó uno de los

hombres de Seguridad y Salvamento.

—A lo mejor ha venido a buscar su propia tumba —opinó el compañero.

—¡Ahora comprendo! —exclamó Korak—. ¡La energía que hemos detectado sale de ese ser y no de los restos que hemos encontrado, está vivo!

—¡Comandante, ha abierto el gran ojo!

Efectivamente, el enorme párpado se había alzado dejando al descubierto el ojo de pupila rojiza, una pupila que se centró en ellos. De inmediato, brotó un rayo brillante y calcinador.

Alilat, horrorizada, vio como los dos hombres de Seguridad y Salvamento eran alcanzados de lleno. Se tornaron como ígneos para luego desaparecer y con ellos, la luz blanca que semejaban desprender en torno suyo.

En el suelo quedaron las cenizas, resto del mineral calcinado que habían sido sus cuerpos.

—¡Hay que avisar a la Sky-111! —gritó Korak.

El ojo del gigante disparó su rayo contra la nave Rojo Cuatro, desintegrándola con una facilidad escalofriante.

—Korak, Korak, ¿qué hacemos? —gimió Alilat aterrada, al ver ante ellos la barrera de fuego blanco en que se había convertido su propia nave.

—No tenemos escapatoria —opinó Korak.

Lo que antes parecía piedra parda se había transformado en una masa iridiscente y aquel ente del espacio de solo un ojo, como el mítico Polifemo de La Odisea, aparecía ahora como lleno de vida.

Para los terrícolas, aquel ser era algo más que gigantesco, era monstruoso. Estaba fuera de toda norma o posibilidad dentro de la mente de los hijos de la Tierra. En comparación eran menos que hormigas.

El gigante desconocido alzó sus brazos, sacándolos de las profundidades del cráter y extendió sus enormes manos elevándolas por encima del suelo por el que corrían Korak y Alilat.

La bella teniente tropezó, cayendo al suelo.

—¡Korak!

El hombre se detuvo para cogerla con sus manos y ayudarla cuando los gigantescos dedos que despedían una luz cambiante les rodearon.

Ambos tuvieron conciencia de que su muerte estaba próxima. Bastaba con que el desconocido gigante bajara la yema de uno de sus dedos para que les aplastara contra el suelo como si fueran diminutos insectos carentes de toda defensa.

—¡Korak, Korak, nos va a matar! —gritó Alilat abrazándose al hombre.

Korak la oprimió contra sí. Nada podían hacer. Aunque sacara la pistola y comenzara a disparar contra el monstruo, contra sus manos o dedos, ¿qué lograría?

Donasky le había disparado misiles y cañonazos láser y no le habían afectado lo más mínimo. ¿Qué podría hacer una triste y minúscula pistola polivalente?

El gigante del espacio aproximó las yemas de su índice y pulgar de una de sus manos y los cerró a modo de pinza sobre los terrícolas que estaban abrazados.

Korak temía que la presión de aquellos dedos les aplastara. Tenía que ser muy difícil controlar la macrofuerza que debía ser capaz de desarrollar el gigante espacial; más al cogerlos no oprimió de modo que pudiera matarlos.

Fueron izados en el aire siempre cogidos por los dedos del gigante que los atrajo hacia su rostro, atentamente vigilados por el ojo rubí de gran poder destructivo.

Abrió entonces la boca, una gran abertura en la que no se veían dientes y los fue acercando hacia ella para introducirlos entre los espantosos labios.

—¡Korak, Korak, nos va a devorar! —gritó Alilat, que ya no podía estar más abrazada al hombre de lo que estaba, pues los dedos del gigante los oprimían todavía más el uno contra el otro.

De soltarlos antes de llegar a su boca, habrían caído a las profundidades de aquella hoya geológica, más de trescientos metros de caída, una caída tan letal como si se produjera desde lo alto de la histórica torre Eiffel, pero no los soltaba porque iba a engullirlos por su boca.

CAPITULO VIII

Las yemas de los dedos se separaron cuando los hubo dejado dentro de la boca y los labios se cerraron tras ellos, impidiéndoles toda escapatoria.

Lo que les había parecido una monumental boca al final de la cual había una garganta que iba a engullirlos, resultó una especie de hangar con luces indirectas que brotaban de las paredes.

—¡Korak, Korak! —exclamó Alilat jadeante, mirando en torno suyo sin apartarse del hombre, como buscando refugio en él, en su fuerza, en su virilidad—. ¡No es un monstruo vivo!

—No, no lo es. Tiene forma humanoide, pero es una nave, una macronave. Ahora podemos entender por qué no comía ni respiraba y tampoco necesitaba una nave que le cubriera: El mismo era una nave.

—¿Y quienes estarán en su interior?

—¡Terrícolas! —les interpeló una voz profunda, cavernosa, que semejaba llegar de todas partes y de ninguna en concreto.

—¿Quién nos habla? —inquirió Korak alzando la voz.

—¡Terrícolas, sois mis prisioneros! Os destruiré cuando lo desee, soy el amo y señor del universo sideral.

—¡Eso es lo que pretendes, pero no lo eres tú y lo sabes, quien quiera que seas! —gritó Korak acusador, encarándose hacia el interior donde suponía que debía estar la garganta del monstruo.

Brotó entonces una carcajada que se hizo cada vez más y más elevada en decibelios y llegó hasta un punto en que semejó que iba a romperles los tímpanos, una carcajada que horadó sus respectivos cerebros casi enloqueciéndoles y penetró en sus cuerpos como atravesando la piel e introduciéndose hasta el tuétano de los huesos.

Alilat se llevó las manos a los oídos y lamentó no llevar puesto el casco que la protegiera. Tampoco lo llevaba Korak y ambos trataron de mitigar la tortura que representaba aquella carcajada demencial tapándose los oídos con las manos.

—¿Por qué te ríes, qué quieres de nosotros? —le gritó Korak.

—Quiero vuestra sumisión —dijo en tono casi burlón, cortando aquellas penetrantes carcajadas que por su intensidad casi llegaban a los ciento cincuenta decibelios.

—¡Nunca, nunca! —denegó Korak con agresividad, una agresividad que Alilat no le conocía, quizá porque siempre lo había visto actuando de forma cerebral en el puente de mando de la Sky-111 y allí no se veía en la necesidad de gritar a nadie en la forma que lo hacía en aquellos momentos.

—¡Quiero vuestra sumisión, terrícolas, y la tendré!

—¡Nunca, nunca! —repitió Korak con vehemencia—. ¡Los terrícolas no nos rendimos a otros seres del espacio, no lo conseguirás quienquiera que seas! ¡Puedes matarnos a nosotros como ya has hecho con otros, pero hay más, muchos más y con armas poderosas!

—No temo a vuestras armas, terrícolas, soy superior a vosotros, que sois soberbios, irascibles y ambiciosos sin tener un poder real para combatir. Podría aniquilaros a todos si lo deseara, sí, a todos, como hice con los habitantes de vuestro planeta minero M-2-M. ¿No es así como lo llamáis?

—De modo que has estado captando nuestras comunicaciones en silencio y conociendo nuestro idioma.

—¿Vuestro idioma? —se rió ahora levemente, con un tono que tenía mucho de despectivo—. Una forma de expresión de seres inteligentes pero sin evolucionar.

—¿He de darte las gracias por lo de «inteligentes»?

—Lo sois, tengo que admitirlo, pero todavía estáis muy atrasados con respecto a mí y a mis poderes.

—¿Cuáles son tus poderes?

—Todos.

—¡Todos no los tiene nadie, no eres un dios!

—Para vosotros los terrícolas, es como si fuera un dios.

—Si pretendes ser un dios de los espacios siderales, ¿por qué te has escondido en un agujero de este planeta como si fueras una rata? —preguntó Alilat.

—Es muy fácil explicarlo, pareja de terrícolas, muy fácil.

—Pues explícalo —exigió Alilat.

Se daba cuenta de que al gritar adquiría más seguridad en sí misma y el terror que antes sintiera iba remitiendo.

—Terrícolas, os mostraré algunos de mis poderes. Avanzad siguiendo las líneas verdes. Si os salís del camino, tendréis vuestra última y más desagradable experiencia.

Aquella voz que salía de todas partes y de ninguna en concreto, dejó de oírse y en el suelo aparecieron unas líneas paralelas de color verde que partían desde donde ellos estaban.

—¿Qué hacemos, Korak?

—No tenemos otra salida, la boca está cerrada y aunque estuviera abierta no podríamos escapar de aquí. Entre la boca y el borde superior del cráter habrá unos cincuenta pasos. No poseemos la facultad de volar y no disponemos de ninguna nave ni cohete y abajo está el abismo sobre el que descansan los pies de este gigante, es decir, de esta nave en forma de monstruo cuya sola visión causa terror.

—Sí, cualquiera que lo vea sobre un planeta o viajando por el espacio no puede evitar sentir pánico y espanto. ¿Por qué habrá construido la nave de esta forma tan horrible?

—Sus motivos tendrán quienesquiera que sean. La forma de esta nave no es aerodinámica, no parece que haya de ir muy bien para moverse dentro de capas atmosféricas.

—Pero se mueve.

—Si, todavía ignoramos cómo se desplaza y qué energía utiliza; sin embargo, fuera de la gravedad de un planeta y sin el roce del aire en el vacío del espacio infinito, esta extraña nave en forma de gigantesco monstruo polifémico viaja y se mueve sin ninguna dificultad, ya nos lo ha demostrado.

—Korak, ¿nos estará oyendo?

—Es posible.

—Entonces, ¿no podremos hablar sin que se entere de lo que decimos?

—Mientras estemos aquí dentro, tendremos que contar con que nos puede oír en todo momento, quizá disponga de hiper-receptores.

Se daban cuenta de que no tenían escapatoria, debían obedecer o morir.

Quizá Korak hubiera escogido la muerte si aquella obediencia representaba una esclavitud para su raza, para su civilización, pero esa esclavitud aún no había llegado, era tiempo de lucha y pese a estar allí dentro no daba por perdido el encuentro.

Luces indirectas iluminaban el camino, más nada veían en torno, no había muebles, no había prácticamente nada. Todo estaba como desierto y frío, una frialdad que brotaba más que de una temperatura baja, de la soledad en que se hallaba inmersa la pareja terrícola.

Las líneas paralelas de color verde se prolongaban por una rampa descendente en giros de caracol.

Korak dedujo que estaban bajando por la garganta del falso monstruo que emitía luces iridiscentes. Debía haber motivos para todo aquello, para el gigantismo de la nave, para su forma, sus extrañas luces que cuando lo deseaba hacía que se pudiera ver desde muy lejos. En cambio, metido en el cráter del planeta W-7-W, había adoptado el color ambiental, por lo que había resultado más difícil descubrirle.

El descenso por la rampa se les antojó eterno.

No sabían a qué altura se hallaban del monstruo; era como bajar por un túnel como una tripa o intestino gigante.

—¡Mira, Korak, las líneas verdes terminan aquí!

—Sí y todo en derredor está oscuro, no se ve nada.

—Es una nave muy extraña y sobrecogedora —opinó Alilat, que seguía cogida de la mano del hombre.

Había sido algo instintivo y natural aquel apretón de manos. Una energía pasaba de una mano a otra transmitiendo confianza, protección y compañía. Ambos se sentían como los últimos terrícolas del espacio ante lo desconocido, y lo desconocido se hizo luz delante de ellos.

Una forma ovoide se iluminó sin intensidad ; era como una puerta a algo que había detrás, algo que apareció ante ellos. Y lo que podía ser extraño, ya les resultó casi familiar.

Allí estaba el enigmático alienígena en medio de aquella especie de puerta o ventana de forma ovoide.

Aquel ser era idéntico a la morfología externa de la gigantesca nave en forma de monstruo.

Tenía el tamaño aproximado de los terrícolas y sin vello alguno, con apenas nariz visible, aunque mostraba los orificios por encima de los labios, y un solo ojo central en mitad de la frente sobre lo que constituía su nariz.

Vestía una especie de casaca metálica con gran cuello elevado por la nuca. Por su aspecto, a. los ojos de los terrícolas, seguía apareciendo como un ente siniestro.

—Ya estamos frente a frente, terrícolas.

—Una buena astucia construir una nave a imagen y semejanza tuya pero de forma monumental. ¿Qué pretendías, asustarnos con el gigantismo de tu imagen?

—¿Y no os habéis asustado? —se rió de nuevo. Ahora la voz salía de delante de ellos y las risas también, sin aumentar los decibelios como había ocurrido arriba, cuando se hallaban en la boca de aquella extraña y sorprendente nave.

—No estamos asustados. Nos has vencido en algunos ataques por sorpresa, pero los terrícolas tenemos recursos suficientes para destruir esta nave que ataca en vez de comunicarse con otros seres, con otras culturas y civilizaciones.

—Yo ataco porque puedo hacerlo. Soy poderoso y los terrícolas, sólo seres insignificantes sin posibilidad alguna.

—¿Por qué nos dices todo esto? ¿Piensas que nos lo vamos a creer; que vamos a terminar obsesionados con esa idea de que somos inferiores?

—No es una idea, es una realidad, terrícola, una realidad.

—Las realidades se imponen por sí mismas; no es preciso que sean gritadas.

—Tonterías, palabrerías. ¿No es así como lo decís vosotros los terrícolas?

—Si nos has estado observando y captando nuestras emisiones de telecomunicación, lo sabrás. Por cierto no nos has dicho todavía de dónde vienes.

--Vengo de un gran, rico y evolucionado planeta.

—¿Dónde está ese planeta?

—Lejos de aquí, fuera de vuestro alcance, ¿qué importa dónde esté? Jamás lograríais llegar a él.

—Es para llamarle de alguna forma.

—¿Cómo me llamabais vosotros los terrícolas?

—Gigante —respondió Alilat espontáneamente

Al extraterrestre, que seguía como encerrado dentro de aquella figura ovoide y luminosa, semejó divertirle el nombre. Se rió abiertamente y al abrir su boca, sí mostró una doble hilera de dientes pequeños y triangulares, como los dientes de una sierra para cortar madera.

—Me parece bien que me llaméis gigante, os permito que continuéis llamándome de esa forma.

—Gigante sólo es la envoltura —silabeó Korak.

—Soy un gigante para vosotros porque soy muchísimo más evolucionado y poderoso, la envoltura es lo de menos. Ahora os dejaré marchar. Diréis a los demás que tienen que colocar todas las armas y naves fuera de la colonia y esperar órdenes.

—¿Para qué?

—Tenéis que obedecerme sin hacer preguntas.

—No nos convertiremos en vuestros esclavos, no lo conseguiréis, feos terrícolas siempre hemos sido indómitos.

—Yo sé que habéis tenido períodos de esclavitud en vuestra civilización, os hemos estado estudiando.

—Los períodos de esclavitud han durado un tiempo, nada más. Al final siempre se rompen las cadenas y viene la libertad.

—Yo os daré la verdadera libertad: la de seguir mis órdenes. Así seréis felices de una vez por todas, terrícolas.

—No nos gusta la felicidad que se nos impone, esa clase de felicidad es una descarada esclavitud. Si no quieres que te destruyamos, será mejor que regreses a tu mundo.

—Es inútil que gastes palabras, terrícola. Soy el poderoso, el gigante como bien decís. Obedecedme y no seréis destruidos. Os daré

un plazo, no quiero aniquilaros. No os impondré esclavitud con cadenas, simplemente obedeceréis en cuanto os diga, pero las jornadas laborales seguirán siendo las mismas; lo único que cambiará es la dirección, yo seré quien piense por vosotros. Por lo demás, podréis comer, dormir a gusto como hasta ahora, viajar, jugar, seguir con vuestros *hobbies* y hacer el amor, que sé que es vuestro placer más importante. Por cierto, me gustaría ver como hacéis el amor una pareja terrícola. ¿Por qué no os amáis ahora?

—¡Es un ser abyecto, Korak, hay que destruirlo! —casi gritó Alilat.

—Sí, hay que destruirlo.

Korak desenfundó su pistola polivalente y encañonó al extraño ser de un solo ojo frontal.

Haló el gatillo disparando un chorro ultrasónico. Se escuchó un ruido chirriante y el ser se rió de los dos terrícolas. Korak cambió un pulsador de la pistola y disparó un dardo láser que rebotó produciendo relampagueos múltiples y una intensa luminosidad.

La risa seguía, seguía… Aquel ser semejaba indestructible, la pistola de Korak no surtía efecto contra él.

CAPITULO IX

Alilat sintió que el sol quemaba su rostro. Todo su cuerpo estaba caliente, como tras una prolongada exposición bajo los rayos solares.

Abrió los ojos despacio y sintió que sus retinas se llenaban de luz. Movió la cabeza y algo de sombra la protegió. Pudo ver la copa de la palmera sobre sí, una palmera bajo la cual debía haberse tendido para dormitar; mas el sol se había desplazado en el firmamento o, lo que era más lógico, la Tierra había seguido su curso y ella, y no el sol, había cambiado de posición, por lo que Alilat había quedado desprotegida de la sombra.

La arena era fina y suave bajo su cuerpo. Tenía un color muy claro y estaba limpia. Las olas del mar rompían cerca de sus pies de una forma débil y agradable.

Alilat dio la vuelta a su cuerpo con pereza. Se hallaba en uno de los santuarios naturales del planeta Tierra, rara vez ocupados por vacacionistas llegados de misiones espaciales, unos santuarios con los que soñaban todos los hombres de las colonias extraterrestres y milicias del espacio.

Se arrastró, casi reptó hasta el agua, oscilando su bello y torneado cuerpo de piel suave y ligeramente bronceada, Oscilaban sus hombros, giraba parte de su tronco por el talle y se movían sus caderas.

Respiró hondo, absorbiendo la brisa salada del mar y bajó el rostro, dejando que se empapara de aquella agua llena de vida. El agua estaba cálida, sin embargo su rostro, por la prolongada exposición al sol, estaba muy caliente y notó el contacto del agua fría.

Tuvo unos estremecimientos que le resultaron hasta sensuales. Deseó seguir reptando para introducir todo su cuerpo en el mar como un regreso al agua de donde debía haber salido el Hombre hacía millones de años. Tenía deseos de convertirse en un pez más y flotar entre dos aguas, perdiendo el sentido de la gravedad.

Tenía las palmas de las manos apoyadas contra la arena húmeda y notó unas vibraciones.

Sus oídos captaron unos ruidos, volvió la cabeza y a un lado divisó la playa larga, el océano azul verdoso inundado de sol; al otro lado, el

verde de una abundante vegetación en la que predominaban las altas palmeras cocoteras.

Al final de la playa descubrió a un jinete, era un hombre de cabello rubio que el sol hacía brillar. El caballo era negro y la piel del hombre destacaba sobre él.

El jinete pareció descubrirla y con los pies desnudos, taloneó al animal que montaba a pelo y sin bridas ni cabestro, cogiéndose a las crines y palmeándole el cuello para indicarle la dirección a seguir.

Alilat se asustó un poco, pero se quedó donde estaba. El calor con que el sol la había envuelto, la pereza y sensualidad que sentía, la invitaron a permanecer quieta.

Los labios semejaban tener fiebre y, sin embargo, estaban mojados por el agua del mar que le transmitían su sabor salado y excitante.

El caballo negro se detuvo delante de ella y relinchó con fuerza. Tenía unos grandes ojos que semejaban carbones encendidos y sus orejas se habían puesto enhiestas, apuntando a un cielo nítido de nubes mientras los cascos, inquietos, chapoteaban en el agua.

Los ojos femeninos miraron al hombre. Era terriblemente viril y atrayente. Un vello rubio oscuro cubría parte de su pecho y en vez de ocultar sus músculos atléticos, los realzaba. Sus hombros eran altos y anchos, recordaba a un dios que hubiera descendido al galope desde el mismísimo Olimpo.

—Hola, Alilat.

—Korak —musitó ella con voz suave, poniéndose de rodillas y sacudiendo el largo cabello también rubio, pero más claro que el del hombre.

La melena cayó sobre su espalda, por encima de los hombros y parte del pecho, pues el cabello era largo pero también espeso y abundante.

Korak saltó del caballo, que quedó libre, pues no llevaba ataduras, ni siquiera estaba herrado y el abundante pelaje negro caía libre sobre los cascos salvajes.

Alilat dejó que él se arrodillara delante de ella y quedaron frente a frente, mirándose a los ojos.

Korak levantó su mano y acercó sus dedos a los labios femeninos. Alilat cerró los ojos sin oprimir los párpados y notó sus labios

acariciados por las yemas masculinas.

Entreabrió la boca y el aire penetró con suavidad dentro de su cuerpo, como filtrándose entre los dedos de Korak.

Ella alzó sus manos y notó el vello rizado del tórax viril. Apoyó sus uñas contra el torso y sintió deseos de hundirlas pero no demasiado. Apretó y entonces notó los labios de él que besaban los suyos. Las cabezas se ladearon y las manos del hombre la sujetaron por la delgada cintura.

—Te amo, Korak, te amo —comenzó a repetir casi sin aliento, cuando las bocas se separaron.

—Alilat, Alilat —repetía cambiando los tonos.

El sol semejó girar sobre ellos, ¿o eran los dos quienes, cogidos el uno al otro, giraban bajo el sol?

Notaron la arena seca y la arena húmeda. El mar mojó ligeramente sus cuerpos y ambos rieron. El caballo relinchó no muy lejos, mirándoles entre interrogante y filosófico. Dio la vuelta y trotó hacia las palmeras.

Alilat y Korak se apartaron del agua, La arena quemaba más que nunca y los cabellos de él se mezclaron con los femeninos. Alilat sintió que hundía sus uñas en la piel del hombre mientras lo besaba con violencia, con una fiereza rabiosa y él se estremecía, no sabía si por el beso o por las uñas femeninas que buscaban su carne.

El corazón de Korak era como un gran tambor dentro del tórax contra el que pegó su rostro Alilat. El tambor repiqueteó rápido y fue como el vibrante aleteo de una nave poderosa que debiera remontar el vuelo despegando del suelo. Después, las alas se extendieron ya sin golpear el aire y planearon con suavidad, dominando el aire, el cielo, todo el universo, que parecía azul y se tornaba rojo y morado, luego blanco amarillento.

La gran ave planeaba, planeaba, y las bocas se secaron sedientas de agua, un agua que tenían cerca y que parecía muy lejana porque no se movían para acercarse a ella.

El sol volvió a quedar quieto y cerraron los ojos para que no les quemara.

—Korak, Korak...

Alilat sintió los besos del hombre en su cuello, unos besos de

amor, ya suaves y pacíficos. Extendió la mano y una ola, pequeña pero más grande que las otras, llegó hasta sus uñas, limpiándolas de unas gotitas de sangre.

Una paz inmensa la envolvió, sumiéndola en un sueño profundo.

No despertó de él hasta que se sintió zarandeada ligeramente. Abrió los ojos y frente a ella vio el rostro viril.

— ¡Korak!

—Alilat, ¿te encuentras bien?

—Muy bien.

Alzó el rostro y besó al hombre en la boca.

—Alilat, estamos perdidos —dijo él después de aceptar y corresponder a la caricia con gran naturalidad.

—¿Perdidos?

La mujer miró a ambos lados y vio que se hallaban en un gran desierto. No había palmeras ni océanos v tampoco un caballo negro retozando cerca de ellos.

—¿Dónde estamos?

—No lo sé, Alilat, no lo sé.

Se incorporaron, viéndose solos como la única pareja en el universo, rodeados de un gran desierto donde no había más vida que la suya,

—¿Qué hacemos aquí, Korak?

—Lo ignoro. Sólo sé que tenemos que ir a la colonia y decir que hemos de entregar las armas y las naves. Ahora somos siervos del gigante del espacio. Sí, el gigante del espacio es nuestro emperador todopoderoso y tenemos que comunicar su mensaje.

—Es verdad, Korak, hemos de ir a la colonia y proclamar la voluntad de nuestro emperador. ¿Puedes adelantar la noticia con tu telecomunicador?

—No, no lo llevo, tampoco la pistola,

—Es verdad. ¿Crees que llegaremos vivos?

—No lo sé, pero tenemos que cumplir el mandato que se nos ha

dado.

Se cogieron de la mano y echaron a caminar en la dirección que creyeron debía ser la correcta para llegar a la colonia,

—Alilat…

—¿Sí?

—Siento algo grande dentro de mí.

—¿Algo grande?

—Sí, algo que se rebela y no sé contra qué.

—No te preocupes, más, Korak.

—Siento que algo no está bien. —Se detuvo y miró en su torno, como buscando algo.

—Vamos, sigue, no podemos quedarnos aquí, moriríamos de hambre, y de sed.

—Me siento como si estuviera cometiendo una gran traición —musitó el hombre.

—¿Traición, a quién?

—Tengo que recordar, tengo que recordar… —Se llevó las manos a las sienes, oprimiéndolas como si quisiera hacer saltar algo encerrado dentro de su cráneo—. Alilat, Alilat, creo que una fuerza muy poderosa ha estado manipulando nuestras mentes.

—No pienses más, Korak, tu cabeza va a estallar.

—Calla, calla…

Giró sobre sí mismo y miró la estrella de aquel sistema planetario. No era una estrella tan brillante como el sol que llenaba el planeta Tierra de luz y energía; era una estrella más rojiza, menos cegadora, una estrella que aunque fuera por un corto espacio de tiempo se podía mirar de frente sin correr el riesgo de que sus ojos se quemaran.

—Quiero sacarme ideas de la cabeza, ideas que no son mías, ideas que no quiero…

—No sigas, Korak, te volverás loco y no quiero quedarme sola en este desierto.

Korak echó a correr sin saber hacia dónde. Se detuvo y vio que

Alilat corría hacia él y se le abrazaba sollozante.

—No, Korak, no me dejes. Tengo miedo, mucho miedo.

—¿Qué nos han hecho, Alilat, qué nos han hecho? Esfuérzate tú, esfuérzate. Creo que han querido someter nuestros cerebros, pero no lo han conseguido plenamente, todavía podemos liberarnos.

—¿De qué, Korak, de qué?

—De él.

—¿De él?

—Sí, del gigante del espacio. El ha ejercido su poderosa influencia sobre nuestras mentes, lo sé, lo notó, pero no recuerdo nada. ¿Qué ha sucedido?

—No lo sé, Korak, no lo sé. Debemos ir a la colonia y decir que hay que entregar las armas y las naves.

—Eso es, eso es, entregar las armas y las naves para convertirnos en esclavos del gigante.

—¿Qué dices? No te entiendo, sólo sé que hemos de ir a la colonia y proclamar el mensaje...

—¡Eso es lo que no hemos de hacer, ahora lo veo claro. El gigante de un solo ojo, ese ser de una poderosa y evolucionada civilización, exige nuestra esclavitud sin condiciones. Ha creído que podía someter nuestros cerebros a una esclavitud, pero no lo ha logrado del todo, no ha podido poner grilletes a mis pensamientos, Alilat, Alilat, rebélate tú también...

—¿Rebelarme?

—Sí, sí, rebélate.

La cogió por los hombros y la oprimió con tanta fuerza que ella se quejó de dolor.

—¡No puedo, Korak, no puedo, es mi emperador todopoderoso, no nos podemos rebelar contra él, no podemos! —casi gimió.

—Sí podemos. Nosotros no tenemos ningún emperador, somos terrícolas miembros de una confederación democrática. No tenemos por qué dejarnos someter hasta la esclavitud por un extraño extraterrestre por evolucionado que sea.

—¡Lo siento dentro de mí, tenemos que obedecer!

—¡No, no tenemos que obedecer, sino destruirlo, destruirlo...!

Gritó con todo el poder de sus pulmones y de su garganta, Como para que pudiera oírle el mismísimo gigante.

—Ninguna sumisión, Alilat. Recuerdo vagamente que hemos estado con él, pero todo se torna turbio cuando intento recordar más. ¿Qué nos ha pasado, qué nos ha pasado?

—No lo sé, no lo sé —casi sollozó Alilat—. Yo sólo recuerdo...

—¿Qué, qué?

—No tiene importancia,

—No, no, lo que yo recuerdo no la tiene.

—¿Cómo lo sabes?

—Es una impresión.

Bajó la cabeza, pero él la cogió por el mentón, alzándoselo.

—Mírame a los ojos y cuéntamelo todo, sin miedo.

—Sólo recuerdo que estaba en una maravillosa isla tropical en el planeta Tierra, una isla santuario natural y allí llegabas tú.

—¿Con un caballo negro?

—Sí, ¿cómo lo sabes? ¿Te lo había dicho ya o acaso he soñado lo mismo que tú.

—¿De veras has soñado que ambos estábamos en una isla maravillosa?

—Sí y al despertar nos hemos encontrado en medio de este desierto del planeta W-7-W y no recuerdo más que una idea, un mensaje que golpeaba mi cráneo rítmicamente.

—Lo mismo que yo.

—Hemos de luchar contra ese mandato, Alilat. ¿No te das cuenta?

—No, sólo sé que tenemos que obedecer.

—Alilat, ese ser ha lavado nuestros cerebros y hemos de librarnos del mandato que ha grabado en nuestras mentes. Quizá sea difícil,

pero si he de destruirme a mí mismo para destruir ese mensaje, lo haré.

Sonaron unos fuertes bocinazos y ambos miraron hacia el lugar de donde parecían proceder. Descubrieron un tractor oruga con un cargamento que se había detenido al verles.

—¡Es la carretera, es la carretera que lleva a la colonia! ¡Vamos, Alilat!

Cogiéndola de la mano echaron a correr para alcanzar el vehículo de transporte y escapar así del desierto.

CAPITULO X

—¿Cómo es posible? —exclamó Korak más que preguntó al hallarse frente al gobernador de la colonia, un gobernador que parecía muy preocupado y miraba fijamente a Korak como esperando una terrible reacción de él.

En el mismo despacho estaba Clotis, la bellísima y exuberante pelirroja hacia la cual Alilat lanzaba miradas de reojo. Sentía que ambas eran rivales.

—Pues así ha sido, comandante Korak. Comprenderá que yo no tengo autoridad alguna con la Sky-111, que usted sabe mejor que nadie sólo depende de la comandancia de la milicia astral, en el centro de la Confederación Terrestre.

—¿Cómo ha podido marchar ahora? —repitió.

—El mayor Barrow ha dicho que a usted le había ocurrido algo y que nosotros lo buscáramos. Mientras, él buscaría al gigante.

—No le voy a ocultar que la situación es muy grave, gobernador. Ese ser está aquí, cerca de nosotros, dispuesto a destruirnos.

—Pero ¿dónde, dónde está?

—No lo sé, no lo sé, no consigo recordar dónde lo encontramos, sólo sé que está aquí. Escuche, escuche...

—¿El qué?

—Alilat, di lo que tienes que decir.

Ella casi cerró los ojos y dijo lo que guardaba en su cerebro.

—Si queréis sobrevivir, tenéis que llevar las armas y las naves fuera de la colonia. Luego, regresad a vuestros puestos y todo seguirá como siempre pero bajo las órdenes de nuestro emperador todopoderoso, el gigante de los espacios.

—¿Qué significa esto, comandante Korak? —preguntó el gobernador.

—Es lo que ese ser nos ha metido en el cerebro. Dentro de mi

cráneo martillean las mismas palabras, pero por lo visto he logrado liberarme un poco y lucho contra su dominio. ¿No se da cuenta, gobernador? Hemos sido prisioneros de ese alienígena y nos ha lavado el cerebro; nos ha hecho olvidar dónde estuvimos con él y por si fuera poco, ha grabado su mensaje en nuestros cerebros.

—Si pasan a los servicios médicos les ayudarán, yo hablaré con el jefe de sanidad mental.

Clotis observó irónica :

—Pueden empezar por la teniente, parece que no está muy bien de la cabeza.

Alilat se volvió furiosa hacia Clotis. Tuvo deseos de saltar sobre ella pero se contuvo y se contentó con fulminarla con la mirada. Clotis vio tal agresividad en el rostro de Alilat que la sonrisa burlona se disipó de su rostro.

—Sin duda iremos a buscar al médico para que trate de anular los condicionamientos que nos hayan podido aplicar, pero ahora tenemos algo más importante que hacer.

—¿Qué le sucede, comandante?

—¿A mí? — preguntó Korak mirando al gobernador.

—Sí, se frota mucho el pecho.

—Ah, sí, es que me pica y no sé por qué?

—Si han estado en el desierto, pueden haber recibido algún golpe.

—Sea lo que sea, no importa, lo que importa ahora es avisar a la Sky-111.

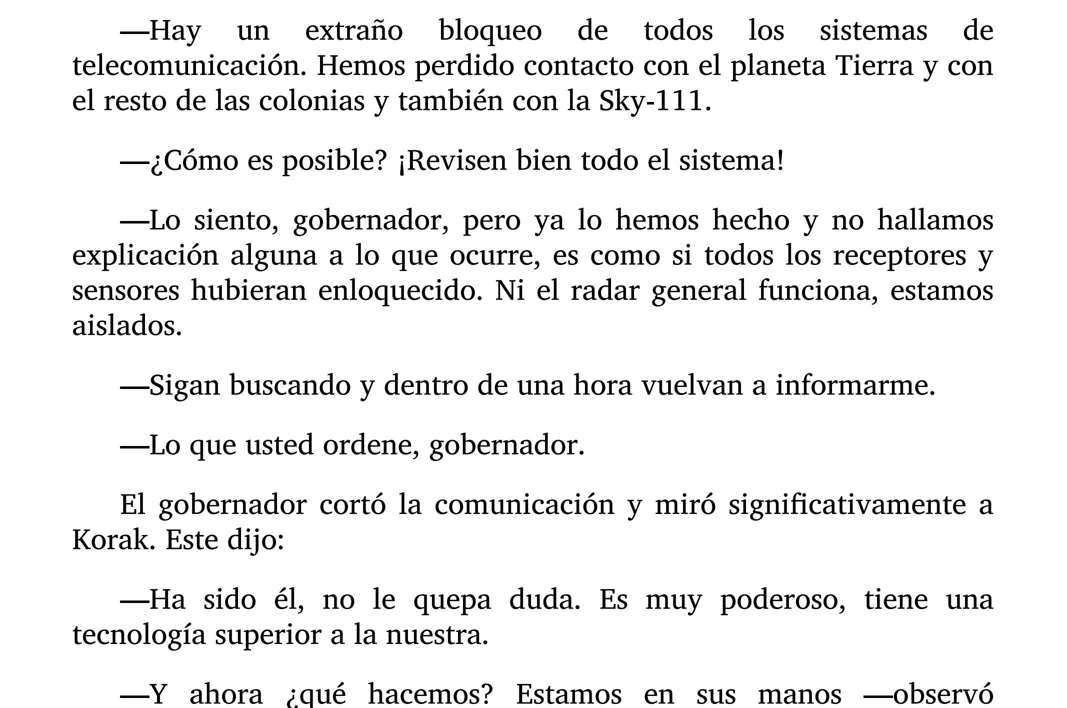
En aquel momento, hubo una llamada por el televideófono. El gobernador lo miró por un instante, observando que la llamada era por el canal de urgencia,

—Un momento, comandante. —Abrió el aparato dando paso a la llamada y en pantalla apareció el rostro del oficial de telecomunicaciones de la colonia.

—¿Qué sucede?

—Gobernador, volvemos a tener problemas.

—¿Qué clase de problemas?



—Hay un extraño bloqueo de todos los sistemas de telecomunicación. Hemos perdido contacto con el planeta Tierra y con el resto de las colonias y también con la Sky-111.

—¿Cómo es posible? ¡Revisen bien todo el sistema!

—Lo siento, gobernador, pero ya lo hemos hecho y no hallamos explicación alguna a lo que ocurre, es como si todos los receptores y sensores hubieran enloquecido. Ni el radar general funciona, estamos aislados.

—Sigan buscando y dentro de una hora vuelvan a informarme.

—Lo que usted ordene, gobernador.

El gobernador cortó la comunicación y miró significativamente a Korak. Este dijo:

—Ha sido él, no le quepa duda. Es muy poderoso, tiene una tecnología superior a la nuestra.

—Y ahora ¿qué hacemos? Estamos en sus manos —observó preocupado el gobernador.

—Tenemos que hacer algo.

—¿El qué?

—Luchar contra él.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero hay que luchar contra él. Si yo recordara...

—No podemos oponernos á su poder. Hay que entregar las naves y el armamento y esperar nuevas órdenes —repitió Alilat.

—Gobernador —interpeló la bellísima y exuberante pelirroja— ¿quiere que yo misma acompañe al comandante hasta los servicios médicos?

—Un momento, Clotis, un momento. Comandante, si usted no se encuentra en perfecto estado mental, y no es que le diga que haya perdido la cordura, creo que sería mejor que quedara internado en nuestros servicios médicos lo mismo que la teniente. Poseemos un buen servicio de psiquiatría.

—Y mientras tratan de restablecer el equilibrio total de nuestros cerebros buscando ese período que queda en una amnesia temporal y

muy localizada, ¿qué ocurrirá?

—De todos modos, si ese ser ya ha exterminado a nuestros hermanos del planeta M-2-M y también ha destruido una nave interceptora y es capaz de aislarnos como está haciendo, creo que nada podremos en su contra y si resistir es ser exterminados, tendremos que someternos.

—Eso jamás, gobernador.

—¿Jamás? — Patterson se irguió—. Comandante Korak, soy responsable de las vidas que están en el planeta Usted es el comandante de la Sky-111, pero su nave, que debería enfrentarse con ese ser tan extraño, no está aquí, ha perdido usted el control de su nave. Eso es un tropiezo muy grave que todos vamos a pagar y posiblemente caro.

—Toda la culpa la tiene el mayor Barrow por tomar decisiones personales cuando tenía unas órdenes concretas.

—Ahora no sirve, de nada lamentarse y buscar culpables.

—Hay que entregar las naves y las armas y regresar a los puestos de trabajo para esperar órdenes —repitió Alilat como si fuera una cinta magnetofónica. Aunque no dijera siempre las mismas palabras, el contexto seguía inalterable.

CAPITULO XI

El doctor Soares, muy preocupado en su despacho, le dijo al comandante Korak que se hallaba ante él, acompañado de Alilat:

—Una amnesia temporal no es fácil de curar, requiere un proceso largo para evitar «shocks» psíquicos.

—Es urgente, doctor —le puntualizó Korak.

—Bueno, en plan de urgencia existen dos sistemas, el bioeléctrico y el bioquímico.

—¿Cuál es mejor de los dos? Tengo que recordar lo ocurrido, nos han lavado el cerebro, nos han metido una orden y no sabemos más. Ni siquiera recordamos qué fue de nuestra nave Rojo Cuatro y de nuestros acompañantes.

—Es una amnesia muy localizada. Fue empleada como tortura política e intentos de sometimiento allá por los siglos veinte y veintiuno. El proceso lento del psicoanálisis consigue que se llegue a recordar lo ocurrido.

—Con los métodos acelerados, ¿qué posibilidad hay?

—Con los electrodos se pueden estimular los lóbulos cerebrales, pero se corre el riesgo de crear una confusión de imágenes dentro del cerebro al pretender arrancar la memoria encerrada en el subconsciente. La memoria no se pierde jamás, salvo que haya una atrofia física cerebral o pérdida de materia gris en las zonas de memoria; lo que sí ocurre, y éste es el caso de ustedes, es un bloqueo de esa memoria.

—Lo que nos importa es conocer lo que nos sucedió.

—Pues, hay un sistema mixto. Se toma una droga combinada al tiempo que se conectan unos electrodos de captación en el cerebro que conducen a un convertidor de TTV y en pantalla aparece lo que esté grabado en la memoria, pero en este caso, el paciente no queda curado de su laguna mental. Sirve para casos difíciles, para que el psiquiatra conozca el problema y pueda tratarlo mejor. Luego, viene el proceso normal que puede ser lento o rápido, eso nunca se sabe. Hay pacientes que mantienen el bloqueo aunque ellos mismos no lo sepan

conscientemente y se nieguen a recordar.

Korak se volvió hacia Alilat y le preguntó :

—¿Qué opinas?

—Me gustaría recordar, pero tengo miedo, el gigante es todopoderoso.

—Doctor, ¿hay algún riesgo?

—En este caso, ninguno, pero este sistema no es curativo, sólo sirve para conocer el problema exactamente, lo que se ha olvidado, el contenido de esa laguna mental. El proceso de curación ha de venir después, puede ser con un simple «shock» espontáneo o tras largos años de tratamiento.

—Tengo que luchar contra ese ser, Alilat. ¿Quieres someterte a la prueba?

—Sí, si tú lo pides.

—Yo vería lo que ocurre en pantalla para tratar de recordar y conocer la situación de ese ser.

—De acuerdo, con una condición.

—¿Cuál?

—Que sólo tú veas lo que sale en pantalla.

Korak miró al médico y preguntó:

—¿Qué opina?

—Si ese es el deseo de la teniente, tendré que respetarlo. Haré todo el montaje y cuando termine la experiencia, usted me avisa.

—De acuerdo.

—Le colocaremos una pantalla de TTV con unos diales para que usted pueda ajustar las imágenes.

Todo se dispuso para la prueba. Korak apoyó sus manos sobre los hombros de Alilat y dijo:

—Gracias. Para nuestra supervivencia es imprescindible conocer lo que ocurrió. Hemos de desbloquear nuestras mentes, condicionadas por ese ser que pretende convertirnos en esclavos. Yo sé que te sientes obligada a obedecerle, porque él nos ha lavado el cerebro.

—Yo le obedezco a él, pero...

—Pero me amas a mí, ¿no es eso?

—¿Te vas a burlar de mí, Korak?

—No. ¿Sabes que soñé lo mismo que tú?

—Sí, viste el caballo negro y la isla paradisíaca, lo mismo que yo en mi sueño.

—Ambos recordamos un sueño de placer, de amor...

—Sólo ha sido un sueño coincidente.

—He descubierto una cosa, Alilat.

—¿El qué?

—Tengo unas uñas clavadas en mi pecho, tengo unas marcas en mi piel.

—¿Mis uñas? —preguntó, tragando saliva.

—Sí.

—¿Entonces?

—Fue un extraño sueño que pudo tener mucho de realidad.

—No puede ser, aquí no hay mar como el que aparecía en el sueño.

—El entorno podía ser imaginado, pero nuestros contactos de amor fueron reales, por eso hemos de estar más unidos que nunca. Tú me amas, Alilat, pero es que yo también te amo.

—Yo para ti sólo soy una mujer, una hembra, lo mismo que Clotis. También tendrás recuerdos de ella y con ella, ¿puedes negarlo?

—No niego que recuerde a Clotis, pero tú eres diferente, y lo que quieres es que te lo diga.

Alilat bajó la mirada.

—Cuando sepas lo que hay escondido en mi memoria incontrolada, ¿me dejarás aquí y te irás?

—Palabra que vaya adonde vaya, te llevaré conmigo.

—Bien, Korak, acepto tu palabra. Si has de correr algún riesgo,

quiero compartirlo contigo.

—Aceptado.

Iban a besarse, pero el médico les interrumpió preguntando:

—¿Está lista la teniente Alilat?

—Sí, doctor, estoy dispuesta.

—Se tenderá en el diván; le pondremos un inyectable primero y un casco con electrodos después. Se sentirá relajada, no ponga ninguna resistencia. Sentirá cómo se duerme y después despertará, no recordará nada.

—De acuerdo, doctor.

—Usted, comandante, mediante el pequeño micrófono podrá hacer preguntas o sugerencias mientras mira a la pantalla. No conseguirá del todo encarrilar la memoria de la teniente, pero sí podrá sugerirle unas direcciones. Lo que no hará en ningún caso es acercarse a la teniente y tocarla o sacudirla, podría traumatizarla.

—No lo haré, doctor.

Alilat se tendió en la camilla y en su brazo desnudo dejó que le inyectaran la droga que circuló rápida por su sangre.

Tuvo conciencia de que ajustaban cuidadosamente a su cráneo un casco del que partían unos finos cables. Después, el médico y sus ayudantes se retiraron y Korak y Alilat quedaron solos, éste último frente a una pequeña pantalla de TTV.

Miró primero a la muchacha que tenía los párpados cerrados y después a la pantalla que se iluminó y comenzaron a aparecer trazos inconcretos, luego imágenes furtivas.

Quedó sorprendido al verse a sí mismo como en un espejo. Aquella era la imagen que Alilat tenía más fijada en su mente. Luego, Korak desapareció para dejar paso al horripilante ser que reía. Korak podía escuchar sus carcajadas a través de los auriculares que tenía acoplados.

—No, Alilat, no, íbamos en la nave Rojo Cuatro, recuerda, recuerda, íbamos en la nave Rojo Cuatro...

En pantalla aparecieron las huellas del tractor de arrastre desaparecido. A Korak como tenía información de que habían salido

en busca del tractor, la imagen le pareció bien.

—Sigue, sigue adelante...

En pantalla aparecieron unas manchas y él mismo; Korak dedujo que Alilat le miraba mucho.

—¡Aquí, aquí, mirad! —gritó uno de los hombres que les acompañaban.

Alilat no aparecía nunca en pantalla, puesto que a sí misma no se veía.

En pantalla vio la cabeza del gigante y el ojo que se abría, y cómo los dos hombres que les acompañaban eran fulminados.

Después, se vio a sí mismo cogido por la mano del gigante e introducido en su boca.

—¡Korak, Korak, no es un monstruo vivo! —pudo escuchar claramente la voz de ella.

—No, no lo es, tiene forma humanoide pero es una nave, una macronave...

Después salieron unas líneas verdes. Había saltos en la memoria femenina que se reflejaban en la pantalla de TTV, como si algo estuviera forcejeando en la mente de Alilat para impedir que sus recuerdos fueran vistos.

—...Me gustaría ver cómo hace el amor una pareja terrícola —dijo de pronto el extraño ser pero ya pequeño, justo de su misma estatura.

Se hallaba encerrado dentro de algo ovoide que parecía protegerle.

La imagen saltó a una playa solitaria y él, Korak, galopaba a pelo sobre un brioso caballo negro, haciéndole chapotear en el agua del mar.

—No, Alilat, vuelve atrás, vuelve atrás... ¿Dónde está él, dónde está? Recuerda, ¿dónde está, dónde está, dónde lo encontramos?

Hubo confusión de imágenes, unas se superponían a otras.

Korak trataba de centrar la imagen accionando los diales e insistiendo a través del pequeño micrófono que enviaba su voz al cerebro de Alilat, un cerebro que ahora tenía el consciente anulado y una cascada de recuerdos caía sobre la pantalla, en algunos momentos de forma incontrolada.

Al fin, la imagen volvió a aclararse; era como si siete u ocho canales distintos hubieran aparecido al mismo tiempo en pantalla, mezclándose unas imágenes con otras.

Volvió a ver cómo fulminaban a los dos especialistas de Seguridad y Salvamento.

—Un cráter, un cráter, eso es… Está dentro de un cráter —exclamó Korak para sí.

Al ver todas aquellas imágenes, comenzó a abrirse una puerta a sus recuerdos, a su propia laguna mental, mientras Alilat enviaba imágenes y voces a la pantalla.

—Sí, sí, llegamos allí y fuimos devorados por el gigante espacial, que es una nave. El era un ser como nosotros, que estaba dentro de algo ovoide contra lo que nada pudo mi pistola polivalente. Sí, ahora lo recuerdo, pero sólo vimos a uno de ellos…

De pronto, como si tuviera insistencia en rememorar algo muy grato, Alilat envió imágenes de aquel sueño mitad realidad y aparecieron de nuevo en la isla paradisíaca sobre cuya arena dorada ambos se habían amado.

—Te amo, Alilat, te amo. No debes temer al gigante, has de amarme a mí, a tu Korak. Ámame y lucharemos contra él, no seremos sus esclavos, no seremos sus esclavos… —le fue diciendo hasta que, poco a poco, las imágenes se apagaron y concluyó la excitación de la mente de Alilat. El efecto de la droga había terminado.

Se apartó del aparato de TTV.

Depositó los auriculares sobre la mesa y se acercó a Alilat. La miró con amor. Ella tenía los ojos cerrados y su rostro estaba sonrosado.

Le quitó el casco de los electrodos con cuidado y le acarició el cabello. Se inclinó sobre ella y le besó los párpados que ocultaban sus ojos, primero uno y luego el otro, con suavidad, apenas fueron dos roces.

Ella abrió los ojos y le miró; él estaba cerca, muy cerca.

—Korak, Korak, llévame contigo, llévame, no me dejes…

Alzando sus manos, le cogió el rostro y lo besó en la boca cuando se abrió la puerta y apareció el médico.

—¿Ha terminado?

CAPITULO XII

—¿Está seguro de lo que me pide, comandante Korak?

—Sí, gobernador.

—Si le entregamos las armas y las naves quedaremos en sus manos. Ahora nos hallamos totalmente incomunicados con el exterior, ignoramos cuándo podremos recibir ayuda.

—No tenemos ninguna nave de combate con suficiente garantía para hacerle frente, por lo que hay que hacerle creer que nos entregamos.

—¿Y cuál es su plan, comandante?

—Iré a su encuentro.

—¿Cómo? Le destruirá.

—Si me descubre, es posible, pero es un riesgo que he de correr.

—¿Y cómo piensa atacarle?

—Quiero que me preparen un vehículo topo, el que tenga la cabeza perforante más perfecta.

—Tenemos uno con cabeza de hiper-diamantes con ultrasonidos de elevada frecuencia. Es un vehículo de gran avance y bastante silencioso.

—Bien, luego quiero un par de equipos de autocohetes.

—Eso no tiene ninguna dificultad, pero debe recordar que el radio de acción de los autocohetes no alcanza más allá de cincuenta millas y su techo no es superior a los tres mil pies.

—Será suficiente. También quiero una bomba termonuclear de cincuenta megatones que pueda transportarse con el vehículo topo.

—No sé si el vehículo topo podrá con tanto peso, consultaré con los ingenieros.

—No hay tiempo para consultas, gobernador.

—¿Qué pretende, comandante?

—Destruirlo si no me descubre antes. No le podemos enviar ninguna nave; cualquier vehículo que se le acerca lo aniquila. Tiene unos excelentes dispositivos de seguridad y detección y es capaz de hacer estallar cualquier misil que se le envíe.

—Quiere decir que si le disparamos un misil no llegaría a su objetivo?

—Puede estar seguro de ello, gobernador.

—Entonces, ¿es invulnerable?

—Nadie es invulnerable por perfecto, evolucionado y poderoso que sea. Siempre hay algún lugar por donde atacarle.

—Todavía no comprendo su plan, comandante Korak.

—Es bien sencillo. Iré por debajo tierra unas cinco millas y si los cálculos son correctos, saldré a la altura de los tobillos de ese gigante espacial. Allí, si todo sale como deseo, le dejaré la bomba termonuclear de cincuenta megatones.

—Esa explosión nos puede sacudir a todos, comandante.

—Lo sé, pero no conozco el blindaje de esa nave y he de colocar la potencia máxima. Una nave que entra en las atmósferas como ese ser lo hace, tiene que ser muy poderosa y capaz de resistir elevadísimas temperaturas, por eso pido cincuenta megatones. Sé que causará algunos movimientos sísmicos de rebote, pero no se pueden evitar. Que todo el mundo salga de las minas y que a una hora determinada acuda a los refugios.

—¿Cómo sabré que es la hora clave para la explosión?

—Usted y yo sincronizaremos los relojes. He recordado el lugar, he estudiado el mapa de la zona y penetraré por otra hoya geológica que está cerca, a unas cuatro millas. Pondremos en marcha las computadoras y calcularemos la velocidad de avance del vehículo topo. A la hora clave, usted pulsará la alarma y todos irán a los refugios. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, habrá de calcularse exactamente la velocidad de avance del vehículo topo.

—Bien, empecemos cuanto antes.

—Sólo podemos desearnos suerte, comandante —dijo el gobernador Patterson con un suspiro. Alargó su diestra y ambas manos

se unieron en un fuerte apretón.

La operación de engaño comenzó.

Las naves fueron colocadas una a una en la superficie del astródromo.

Korak ignoraba qué sistema podía? emplear el gigante del espacio para controlarles sin dejarse ver. Cabía la posibilidad de que hiciera rebotar las ondas contra la atmósfera del planeta y captarlas así. Quería saberlo porque tenía que arriesgarse; debía recorrer muchas millas con un tractor cargado con el material que necesitaba y el gigante del espacio podía descubrirle.

—Cúbranlo todo con mineral —dijo— cúbranlo todo.

El vehículo topo fue cargado en un vagón de arrastre y cubierto de mineral para que no despertara sospechas y si era detectado supusieran que se trataba de un vehículo minero; mas, debajo del mineral estaría el vehículo topo ya con la bomba termonuclear de cincuenta megatones, una bomba de gran potencia que había sido casi miniaturizada, pues no ocupaba más que cuatrocientos decímetros cúbicos de volumen.

—¿Quiere que enviemos hacia el gigante algunas naves sin tripulación para distraerle?

—No, gobernador, eso podría ponerlo en estado de alerta. Que crea que todo sale como él desea. Metió una orden en nuestros cerebros y hemos de hacerle creer que nos ha dominado por completo.

—¿Y no corremos el riesgo de que salga del agujero en que se haya metido?

—Es un riesgo, gobernador Patterson, pero al parecer no está completamente seguro de su poder, por eso permanece escondido. En realidad creo que no quiere un combate con la Sky-111.

—La Sky-111 no está aquí, comandante Korak.

—No sabemos dónde está, hemos perdido toda comunicación con ella. Quizá el gigante del espacio sí sepa dónde se encuentra. De todos modos, hay que arriesgarse.

Alilat subió al tractor de arrastre y Korak se acomodó junto a ella tomando el mando.

Todos los cálculos estaban hechos, los relojes estaban en hora, mas

algo flotaba en el ambiente. Los miembros de la colonia sabían una cosa que no se atrevían a manifestar en voz alta: Korak y Alilat iban a morir.

Podían llegar a colocar la bomba termonuclear de cincuenta megatones, pero ellos morirían, no tenían escapatoria, El gigante les descubriría y no podían regresar con el vehículo topo porque al explosionar el potentísimo artefacto nuclear, el planeta se conmovería como en una especie de movimiento sísmico y quedarían aprisionados y aplastados. Pero había que vencer al gigante y dos vidas eran poca cosa como pago al salvamento de la civilización terrícola, pues era evidente que el sometimiento del planeta W-7-W sólo era un paso intermedio para el gigante que tenía su ojo puesto en el planeta Tierra.

El tractor, con su vagón de arrastre tras él, se fue alejando de la colonia.

Korak tenía todos los datos en la computadora del tractor, no podía perderse si seguía las indicaciones que iban apareciendo en el salpicadero.

—Alilat, debía haberte dejado en los refugios de la colonia.

—No podías, me habías dado tu palabra y tú jamás incumples tu palabra,

—Es verdad, pero hay ocasiones que...

—No, yo puse mi memoria y con ella todos mis sentimientos al desnudo en tus manos.

—Lo admito, pero esta operación que incluso puede fallar es un suicidio, una operación de legendario kamikaze.

—En ocasiones se debe ser kamikaze si la muerte de uno sirve para salvar la vida o la libertad de muchos.

—Eres una heroína.

—No, sólo sé cual es mi obligación, pero es que además te amo, Korak. ¡Eh, mira arriba!

—Parece una nave.

—¡Es la Sky-111!

—Sí, ya veo y no vuela a demasiada altura,

—Parece que se dirige al cráter en que se halla el gigante.

—Es posible que lo hayan descubierto mediante las potentes telecámaras.

—Entonces, van a enfrentarse al gigante con nuestra nave Sky-111...

—Sí. Sí lograran vencerle, todo habría terminado ya.

Sin dejar de avanzar, miraron hacia el horizonte. La nave casi desapareció de su vista cuando el cielo se inundó de luz y una onda explosiva llegó hasta ellos.

Quedaron súbitamente fríos. El encuentro apenas duró unos segundos y luego, la horrísona explosión...

—¡Korak, Korak, es horrible!

—Sí, la Sky-111 ha sido brutalmente desintegrada en el aire —gruñó el hombre.

—¡Ese ser es invulnerable, invulnerable!

—Ten calma,

—¡No podremos contra él, no podremos, tenemos que obedecerle!

Korak la abofeteó y ella estalló en un violento sollozo. Los momentos eran de gran emoción. Todos los compañeros de la Sky-111 habían desaparecido desintegrados al pretender atacar directamente al gigante espacial que, evidentemente, poseía una tecnología de combate muy superior a la terrestre.

Tranquilízate, nosotros seguiremos con nuestro plan, no hay otro ya. Si fracasamos, él será el amo y señor de este planeta. Ahora, después de haber destruido a la Sky-111, se sentirá más seguro, más poderoso e invulnerable.

—Si sale del agujero, de nada servirá nuestro plan.

—Hemos de confiar en que no tenga prisa en abandonar su escondite.

Llegaron a la hoya geológica, parecida a la que ocupaba el gigante espacial y que se hallaba a no mucha distancia de la otra, Con el tractor comenzaron a descender por su pared, por caminos tortuosos y peligrosísimos, pues el tractor se inclinaba en exceso. Temieron que pudieran volcar y caer al precipicio.

Korak manejaba el tractor con habilidad, evitando despeñarse.

—De aquí ya no podemos pasar, no podemos descender más —dijo deteniendo el tractor.

—Hemos quedado demasiado arriba, ¿no?

—Sí, un poco. Hubiera sido mejor descender más, pero no es posible.

Se apearon del vehículo. Abrieron la compuerta posterior del vagón de carga y parte del mineral cayó, dejando al descubierto la cabeza del vehículo topo.

Korak trepó sobre el vehículo y apartó con las manos el mineral que estorbaba hasta dejar al descubierto la escotilla. La abrió y ambos se metieron en el vehículo topo.

Korak lo puso en marcha y descendió del vagón por la rampa que constituía la tapa posterior. Arremetió contra la pared y comenzó la perforación. Pulgada a pulgada, horadaron la pared y todo se hizo oscuro en su entorno. Sólo tenían que seguir los datos que tenían para viajar por el subsuelo, abriéndose camino con la cabeza perforadora.

—Confiemos que los datos que nos han proporcionado sean exactos. Nunca me había abierto camino en esta forma bajo el suelo, sin haber túneles previos.

—Los ingenieros son muy especializados.

—Esperemos que así sea. Una equivocación nos haría pasar de largo y es prescindible llegar cerca de los pies del gigante espacial.

Avanzaron rápido pero muy lentamente comparado con otros vehículos; sin embargo, el topo iba abriéndose camino con aquella cabeza perforadora de hiper-diamantes combinada con el ultrasonido que rompía las rocas.

Estuvieron cinco horas aislados sin saber lo que sucedía en el exterior, temiendo que el gigante hubiera abandonado su agujero.

Al fin, la tierra cedió y los indicadores advirtieron que ya tenían menos resistencia, que de un instante a otro saldrían al exterior.

Korak redujo la velocidad de la cabeza perforadora para disminuir el posible ruido. Pronto vieron la luz y frente a ellos, una gran mole que se elevaba hacia lo alto.

—¡Es él, Korak, es él!

—Sí, hemos llegado junto a sus pies.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

Korak consultó su reloj y dijo:

—Hemos llegado en el tiempo calculado, voy a activar la bomba,

—¿Y luego?

—Tendremos muy poco tiempo para huir, sólo cinco minutos para escapar a la explosión que aquí, por hallarnos en un cráter, será como un volcán. Ponte el traje de supervivencia antitérmico y las botellas del autocohete a la espalda.

Se vistieron para resistir lo que se les viniera encima y se colocaron los autocohetes.

Primero Korak y después Alilat, salieron por la escotilla del topo. La bomba termonuclear había sido ya activada y situada a los pies del gigante espacial, es decir, en la base de la singular y extraña nave que tenía la misma forma que los seres que la ocupaban.

—No nos han descubierto todavía, Alilat, no esperan que les salgamos junto a los pies. Ellos controlan toda la superficie y el espacio aéreo, pero no este lugar donde ellos están metidos.

Se cogieron de la mano y conectaron los autocohetes que inmediatamente lanzaron chorros de energía hacia abajo, impulsándolos arriba. Cogidos de la mano, comenzaron a ascender junto a la gigantesca nave. Era un tremendo desafío elevarse junto a aquella nave con figura casi humana.

Si el gigante abría su mortífero ojo y les descubría, no llegarían lejos. Debían huir sin detenerse. Parecía que nunca llegarían a lo alto. Al fin, arribaron a la altura de la cabeza y siguieron volando con la fuerza de los autocohetes.

Cuando se desplazaban fuera del cráter, el gran ojo comenzó a abrirse. Habían sido detectados.

—¡Nos va a destruir, Korak, nos ha visto!

—¡No mires, Alilat, no mires!

La enorme pupila roja se movió, se había fijado en ellos. Parecía como si aquel ser dudara entre si seguirles o no.

Korak y la muchacha sabían que en cualquier instante podían recibir le impacto del rayo incinerador y todo se habría acabado. Por eso, iban fuertemente cogidos de la mano; querían morir cogidos el uno del otro.

De pronto, comenzó a escucharse la risa, cada vez más fuerte y ensordecedora. El gigante, seguro, todopoderoso y creyéndose invulnerable, se reía de ellos sin saber lo que habían dejado a sus pies cuando ocurrió la explosión.

El suelo se conmovió, tembló.

Las rocas se movieron como accionadas por un terrorífico seísmo y del interior del cráter subió una oleada de fuego blanco.

El gigante del espacio fue impulsado hacia lo alto por la onda expansiva y la acumulación de gases, rodeado de fuego. Volvió a caer, sumiéndose en el cráter, mientras Korak y Alilat eran sacudidos por una ola de aire abrasador que los hizo girar como microscópicas semillas impulsadas por un huracán.

Se habían agarrado por las dos manos y los auto-cohetes no les sirvieron de nada.

Giraron por el espacio dando tantas vueltas que perdieron completamente la orientación, ni siquiera sabían si estaban arriba o abajo.

Alilat y Korak cerraron los ojos, cogidos el uno al otro como si sus manos estuvieran soldadas. Ambos pensaron lo mismo: En una isla paradisíaca en el planeta Tierra con el mar rompiendo junto a ellos y solos con la Naturaleza.

De pronto, se sintieron golpeados en la violentísima caída y rodaron por el suelo. Quedaron quietos, sin soltarse; todo había terminado,

EPILOGO

Yacían en dos camas, situadas en la misma habitación dentro de la enfermería de la colonia. El gobernador Patterson y Clotis a su lado habían ido a visitarles. El jefe-médico estaba junto a ellos.

—¿Cómo se encuentran? —preguntó el gobernador.

Acababan de despertar.

—Fue terrible el separarles, parecía que sus manos se hubieran soldado —comentó el doctor.

—Gobernador, ¿cómo ha ido todo? —preguntó Korak.

—Bien, muy bien, ya tenemos las telecomunicaciones restablecidas y vienen varias naves hacia aquí para recogerles. Quieren dedicarles un homenaje en el centro de la Confederación Terrestre. Me temo que van a tener medallas y un mes de permiso en una isla paradisíaca del planeta Tierra,

Korak y Alilat se miraron, extendieron sus brazos y se cogieron de la mano. Korak volvió a preguntar:

—Gobernador, ¿y el gigante?

—La idea de colocar la bomba termonuclear dentro de aquella especie de cráter fue muy efectiva, el cráter se convirtió en un horno de millones de grados de temperatura del que no pudo salir y fue el fin de tan siniestra nave. ¡Ah!, he traído algo para usted.

—¿Qué es, gobernador?

Patterson sacó una cajita de plástico blanco. Korak miró a Alilat y ésta al hombre. Separaron sus manos para que Korak pudiera abrir la cajita y al hacerlo, quedó perplejo.

Dentro había una figura pequeñita, pues no tendría ni diez centímetros. Era el alienígena de un solo ojo.

—¿Es un recuerdo?

—Es lo que hemos encontrado, comandante, había otros más dentro de la nave. Todos estaban muertos, algunos totalmente quemados. Por lo visto, eran unos seres diminutos.

—¿Cómo es posible? —exclamó Alilat asombrada mirando aquel diminuto extraterrestre tendido y muerto dentro de la cajita de plástico.

—Ahora comprendo… Cuando estuvimos frente a él, dentro de la nave, debía hallarse tras una lente de aumento de gran potencia que al mismo tiempo le servía de blindaje, por eso le veíamos de nuestro tamaño. Estos seres temían que viéramos su tamaño real, por ello construyeron la nave a su imagen y semejanza. Querían aparecer como gigantes, ocultando su pequeñez. Estaban obsesionados en que no les viéramos pequeños y nos obsesionaron a nosotros apareciendo como un terrible gigante. Es una lástima que no prefirieran ser nuestros amigos y comunicarse con nosotros; ahora sabríamos más los unos de los otros, pero todo ha terminado.

—Sí, todo ha terminado —corroboró el gobernador—. Hemos perdido muchas vidas, pero el enemigo ha sido aniquilado.

—Deben descansar —advirtió el doctor—. Sufrieron una tremenda caída y si no llegan a llevar los trajes antitérmicos hubieran muerto abrasados.

—Suerte, Korak —le deseó Clotis.

Alilat miró, preocupada, a aquella exuberante fémina que abandonó la estancia oscilando sinuosamente su cuerpo venusiano.

—¿Te gusta, Korak? —inquirió preocupada.

—Me gusta más estar contigo en una isla del planeta Tierra.

Haló de la mano de ella y la cama, provista de ruedas, se vio arrastrada hasta que ambas camas quedaron juntas. Los labios se encontraron cuando la puerta se cerraba y quedaban solos, muy solos.

F I N